

L
Elias Canetti

El suplicio de las moscas

Traducido del alemán por
Cristina García Ohlrich

ANAYA & Mario Muchnik

Diseño de cubierta: Mario Muchnik

En cubierta:
La Madeleine penitente (detalle, c. 1640),
de Georges de La Tour
Metropolitan Museum of Art, Nueva York

Foto de contracubierta: © *Isolde Ohlbaum*

Edición definitiva en español de la Obra de Elias Canetti a cargo de Juan José del Solar B.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, reprográfico, gramofónico u otro, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del COPYRIGHT:

© 1992 by Elias Canetti

O de la traducción: Cristina García Ohlrich

© de esta edición: 1994 by Grupo Anaya, S. A.

Anaya & Mario Muchnik,

Juan Ignacio Luca de Tena, 15, 28027 Madrid.

ISBN: 84-7979-072-5

Depósito legal: S-288/1994

Título original: *Die Fliegenpein*

Esta edición de **El suplicio de las moscas**
compuesta en tipos Garamond de 12 puntos
en el ordenador de la editorial
se terminó de imprimir en los talleres de
Josmar, S. A., Pol. Ind. El Montalvo, Salamanca
el 20 de abril de 1994.

Impreso en España — Printed in Spain

El suplicio de las moscas

I

Le habría gustado venir al mundo en cualquier época, una y otra vez, y, a poder ser, cada vez para siempre.

De las personas amadas se saben muchas cosas, y sin embargo no se les da crédito.

El sentimiento más bajo que conozco es la aversión por los oprimidos, como si hubiese que justificar su sojuzgamiento a partir de sus atributos. De este sentimiento no están libres muchos filósofos nobles y justos.

Se esfuerza por contagiar su grandeza de espíritu a los hombres. Pero éstos se quedan en la megalomanía.

Muchos de nosotros, satisfechos con la bondad de Dios, nos convertimos en los mayores bellacos.

Se imponía todas las exigencias habituales, pero en una lengua extranjera.

Resulta difícil amar a las personas precavidas, salvo que se constate cómo su precaución yerra en todo.

Los pájaros bailan cuando vuelan juntos hacia África. Sus ritmos, más elegantes y plenos que los nuestros, proceden de su aleteo. No pisan el suelo, sino que baten el aire, que les es benévolo. A nosotros, en cambio, nos odia la tierra.

Es listo como una *rueda*.

Ninguna escritura es lo suficientemente secreta como para que el hombre se exprese en ella con veracidad.

Los nombres de los instrumentos musicales son mágicos de por sí. Si no hubiésemos nombrado otros objetos tendríamos que asombrarnos de nosotros mismos.

Le gusta alabar a las personas que, de cualquier modo, no llegarán a nada. Pero se vuelve prudente cuando alguien da muestras de talento.

Inflamar a sus amigos y luego dejarles consumirse solos, ¡qué cruel y qué natural para un poeta!

Sólo en las religiones indias ha calado el asco por la repetición tras experimentar como ningún otro pueblo los inefables excesos de la repetición.

Confiaba en vivir mucho tiempo sin que Dios se diera cuenta.

La gente sólo ama a un poeta si es pródigo con el tiempo. En cuanto empieza a escatimarle, le tratan como a un cualquiera.

Temes todo lo que *no* viene después de la muerte.

Por amor a ella exprimió su corazón como un limón. Pero el que se la llevó fue el otro, el que lo endulzó con su labia.

Es tan conciliador que olvida con quién estuvo negociando ayer.

A menudo su sombra se le vuelve demasiado pesada.

Los agujeros del saber migran.

Es demasiado corta para su codicia: nunca alcanza nada.

Nadie más alejado de la inmortalidad que el avaro.

Entre los muertos figuran también los animales que no han sido devorados.

Los animales que pueblan nuestro pensamiento deben volver a ser poderosos, como antes de su sometimiento.

Sé más sencillo, hablas como un enviado. ¡Desecha las espuelas de la soberbia, baja del presuntuoso corcel de los tres milenios por venir, vive mientras vivas, no intentes adentrarte en una época que de cualquier modo *no* conocerás, deja dormir los propósitos, olvida el nombre, olvídate a ti mismo, olvida tu muerte!

Sus desesperaciones me resultan demasiado puntuales.

Es tan malo que sus oídos se asustan de su lengua.

Es capaz de desmontar sus convicciones y volverlas a componer.

Su sueño es instalar a las personas que ama en estrellas separadas.

Hay personas tan ínfimas que no es posible decirles las cosas a la cara, uno no encuentra ninguna máscara adecuada para hablarles.

El que conoce a muy pocas personas no tardará en tratar únicamente con demonios.

Sílabas que eran moneda corriente hace cien mil años.

Sonreía con veinte caras, en cada una se mostraba distinto, sonreía amable, sonreía hostil, prometía, ofrecía, rechazaba, traicionaba, pero siempre satisfacía, porque las caras que restaban refulgían como bajo la superficie del mar, y era hermoso esperar a que afloraran.

En tiempos de gran desconfianza uno crea personajes misteriosos y temibles a partir de las personas que conoce bien o con las que ha hablado recientemente: te dicen cosas taimadas y execrables con la peor intención. Les replicas con acritud. Y su respuesta es aún más acre. Su único propósito es irritarte más y más, hasta que la rabia y el miedo te hacen perder todo recato y les muestras sus peores rasgos, exagerados hasta lo demoníaco. Palidecen, incluso es posible que se hagan los muertos por un tiempo. Pero de pronto te asaltan de nuevo, preferiblemente por la espalda. Te enzarzas en interminables diálogos con ellos. Siempre te comprenden y tú siempre les comprendes, todo es uniformemente diáfano en su hostilidad. Es probable que quieran devorarte, y la parte de tu cuerpo más próxima a ellos es la más amenazada. Retiras la mano de golpe, escondes tu hígado, enrollas la lengua, aunque sigas usándola con fruición. Esa figura hostil presenta un contorno preciso sólo por el odio que expresa y que tú le devuelves. Pero no puede morderte en cualquier parte, posee una limitación muy específica, pues depende de ti. Surgió como una estela de humo y como una estela ondea de un lado a otro a nuestro arbitrio. Tiembla, se hincha, invertebrada, y a veces pienso que es una reminiscencia del tiempo en que vivíamos en el fondo del mar y nos atacaban criaturas informes.

Pero, en cuanto la persona a la que el personaje debe su nombre se acerca a nosotros, éste se disuelve en la nada, y por un instante nos sentimos confiados y alegres.

Un dios que no crea a los hombres, sino que los *encuentra*.

Una experiencia espiritual excesiva requiere un periodo de gestación; no se puede aprender impunemente, lo aprendido tarda en ser olvidado, y sólo lo olvidado emprende caminos nuevos.

Jamás llegará a ser un pensador: se repite demasiado poco.

Nombrar es el mayor y más serio consuelo del hombre.

Y siempre esperamos del hálito de los animales que se trastoque en nuevas palabras inauditas.

Disfraza sus imágenes con reproches.

Sigo sin guardarle rencor al lenguaje: la bestia triunfante de la técnica le ha restituido algo de su dignidad.

El éxito es sólo la parte más ínfima de la experiencia.

Su memoria le odia, siempre se presenta cuando debería tener la boca callada.

Uno pone a desfilar a todos los que han muerto injustamente antes que él y les suelta un sermón sobre su propia laboriosidad, maña y seguridad.

Las cornejas sobre el trigo amarillo le hacen sentir la vida con más fuerza que ninguna otra cosa.

Es tan orgulloso que siempre está deseoso de regalarle algo a Dios.

Ha conservado una profunda veneración por los ancianos: admira en ellos cada año que no ha vivido. Adora a los niños: son la promesa de cada año que ya no llegará a vivir.

El único modo de sobrellevar la desdicha es interpretándola.

La importancia de un espíritu debe medirse por el número de años que es capaz de perder.

El futuro siempre es falso: influimos *demasiado* en él.

Desea la existencia de las personas que ama, pero sin su presencia ni sus ocupaciones.

Criaturas que viven en un tiempo intermedio que discurre paralelo al nuestro, penetrándolo sin rozarlo, como si hubiera sombras de tiempo que por sí solas conformasen un mundo.

"Oro" dice, como si lo hubiese robado.

Habría que clasificar los celos según lo que uno odiase más: a los rivales que fueron, que son, que serán.

Desea instantes que ardan el tiempo que arde una cerilla.

Un nuevo tipo de niños ausentes en las guerras.

El santo: se pasa la vida explicando todo lo que de ningún modo haría.

Come la sabiduría con palillos, en chino.

Piensa en animales, como otros en conceptos.

El hombre se prefiere como adepto furibundo.

El obseso nunca es agradecido.

Los pueblos extintos se vengan.

Dios se descuidó con la confusión de Babel. Ahora todos hablan la misma técnica.

De cuando en cuando lava los jirones de su vida.

Nunca dice más de una vocal.

El que ha aprendido bastante no ha aprendido nada.

Se vanagloria de sus galeras, donde los esclavos se sientan sobre almohadones y reman con remos de plata.

Es inteligente como un periódico. Lo sabe todo. Lo que sabe cambia cada día.

Se busca adjetivos afortunados, los lame y los pega todos juntos.

Valora a las mujeres por la felicidad y a los hombres por la infelicidad de que son capaces.

La infelicidad del saber cuando se transmite inalterado.

Deberían seguir creciendo *físicamente* esos que tanto valoran el tamaño, crecer hasta el infinito, para dejar tranquilos a los hombres.

La exageración también hace al gran filósofo, pero en su caso necesita revestirse de un grueso ropaje de sensatez. El poeta la expone desnuda y resplandeciente.

Quiere que la tomen entera, con todo su equipaje, y teme que, de pura felicidad, olviden una aguja.

Colecciona chivos expiatorios para repartir así más equitativamente sus cargas.

En cada frase añade al menos una palabra extranjera de un idioma que no conoce, ni tampoco los presentes, y todos asienten como si estuvieran al tanto.

Nada puede sustituirse realmente, el objetivo más tosco se vuelve a presentar siempre, los instintos son elásticos, pero inmisericordes, y su memoria de los pocos objetos que verdaderamente les importan es indestructible.

Hace acopio de su fama.

Necesitamos un gran tesoro de nombres ajenos por cuyo sentido no queremos ni preguntar.

El odio tiene un latido propio.

El amorfo no puede metamorfosearse.

Cada vez que quiere ser *un falso* profeta, acierta.

Se siente desgraciado si pasa un solo día sin poder *contar* nada.

Es fácil ser razonable cuando no se ama a nadie, ni siquiera a sí mismo.

Si por él fuera se dejaría agasajar por un par de dioses, a los que sin embargo nada pide, para luego hacer lo mismo que hacen ellos con sus regalos.

El trato íntimo de una persona, que le fascina, icuánto lo aborrece cuando se muestra igual con cualquiera, con todos! ¡Cómo preferiría entonces cualquier repugnante, cualquier desdeñosa frialdad! Vive convencido de que sólo es posible comportarse de un modo determinado con cada persona, y quien no lo hace *confunde* a la gente.

En los días hermosos se siente demasiado seguro de su vida.

Unos amigos paganos le depositaron en su paraíso y pusieron pies en polvorosa.

Las ígneas ruedas de las estrellas en Anaximandro y su paroxismo en Van Gogh.

Se ocupa de la historia para arrebatársela a la humanidad.

A Dios no le gusta que se extraigan lecciones de la historia reciente.

Desde que a las brujas no les ocurre nada se han vuelto inofensivas.

Lo más grande del amor es que en él se revocan todos los derechos.

La obra de arte más perfecta y aterradora de la humanidad es su división del tiempo.

Los hechos *no* pueden ensamblarse. Lo mejor es que nos los arrojen por separado nada más cocerlos, ya rígidos. Sobre este principio descansa la eficacia de Suetonio.

Sólo es soportable la erudición de quienes no rinden honores a la muerte.

La gente habla como si siempre hubiera hablado así.

Se compra un espinazo barato.

Uno que odia a los hombres porque han accedido a someterse al poderío de las explosiones.

La historia puede escribirse como si las cosas siempre hubieran sido como en nuestra época. Pero entonces, ¿para qué escribirla?

Su pensamiento tiene aletas en lugar de alas.

Los pescados que más le gustan son los más ávidos.

Una vez que ha ocurrido, en la historia todo va como una seda.

El suicidio seguirá estando al alcance del hombre, pero deberá convertirse en un acontecimiento siniestro y raro, en un único suicidio como antaño la guerra.

Escila y Caribdis del espíritu: decir demasiadas cosas, o pocas, demasiado a menudo.

Las penas de los demás lo vuelven peor que las propias.

No juzgar a los filósofos porque tengan o no razón ahora.

¡Cuántas cosas sabemos sólo porque no nos atañen en nada!

Sólo por los colores ya valdría la pena vivir eternamente.

La historia contiene *todos* los sentidos y por eso es insensata.

El que quiera pensar debe renunciar a *buscar adeptos*.

El tiempo que regala es demasiado valioso para ser vendido.

A Dios se le trabó la lengua al crear al hombre.

¿Qué serían los ojos sin su reflexión, sin los párpados?

Hay en las utopías un resabio de *modestia* que ahuyenta a los hombres.

Las voces paganas de los pájaros.

Un grupo de personas inmóviles, con las garras hincadas en la carne de los otros, rostros sonrientes, desfigurados en una mueca de dolor y de placer.

Las penosas introducciones a las obras maestras, disuasorias, áridas, sublimes o desvergonzadas. ¡Ah! ¿Por qué sentiremos curiosidad? ¿Por qué habrá tenido que nacer y morir el autor? ¿No basta con que lleve un nombre, no le pesa éste ya bastante? Pero la gente desconoce la compasión. Tienen que guisarse a su escritor, sazonarlo y comérselo.

Su principal preocupación es deshabituar a los demás de sus propios defectos.

El pensamiento se torna más diáfano en cuanto nos familiarizamos con las formas de los animales.

Dicen que las diversas artes habitan juntas con el mayor recato.

¿Un amor... libre de un miedo cerval por lo que pueda ocurrirle al ser amado? Si tal cosa existiera, ¿merecería llamarse amor?

Ella come por rabia, come por decepción, come por amor, come por pena. Come por modestia, orgullo y nostalgia. A bocados salió del vientre de su madre. En la tumba, cuando no le quede otra cosa, se comerá el ataúd y los clavos.

Posee un saco lleno de nombres en muchas lenguas, pero las cosas las ha dejado fuera.

La infancia se torna más plena conforme envejecemos, y no es cosa vana tomarle la medida a nuestros primeros años.

Quiere unificar Europa por medio de la historia de su infancia.

— (1943)

Los ríos de la poesía manan sin rumbo y no es preciso que confluyan.

Para el espíritu sistemático sólo hay un modo de salvarse: la declaración espontánea y casual que no se desarrolla. Pero ésta no debe constituirse en ley ni en gran potencia.

La muerte no calla nada.

El espíritu debe recogerse a cada tanto en el relato de una historia larga. No puede vivir tan sólo de agujas y crueldad. También precisa hilos tiernos.

El mito es una historia cuya frescura aumenta con la repetición.

El pintor y su política: cree que basta pintar el mundo con otros colores.

Por todos los animales que se han escrito desde entonces, el hombre de hoy debería conocerse mejor que la Antigüedad.

Al hombre que ronda los cuarenta le asalta un deseo incontenible de dictar leyes.

Siempre ocurre lo que él desea, pero cuatro o cinco años más tarde, cuando hace tiempo que desea otra cosa.

Un artista que en el día más importante de su vida, rodeado de gente que lo agasaja, olvida su nombre.

El escritor vive de la exageración y se da a conocer con malentendidos.

En la mayoría de las religiones, el hombre finge humillarse para saltar luego furioso y con alevosía hacia lo alto.

Desde que la tierra es una pelota, cualquier bribón puede hacerse con ella.

¡Qué convincente suena todo cuando se sabe poco!

Las personas muertas son ya demasiado poderosas en él. ¿Qué será de él cuando lo acosen los animales muertos?

La desesperación de los héroes ante la supresión de la muerte.

216.000 palabras *al día*.

¡Cuántas conversiones estudia, sólo para no sucumbir a ninguna!

Las reencarnaciones le resultan demasiado regulares, desea vivir *simultáneamente* en muchas criaturas distintas.

Una imagen, cualquier imagen es capaz de inflamar hasta el desvarío el amor que sentimos por una persona siempre cercana.

II

Es tan listo que sólo ve lo que ocurre a sus espaldas.

Al que deja sus confesiones a la posteridad le toman la palabra. ¡Qué atrevimiento, considerando la crueldad de las futuras generaciones!

De todos los obstáculos, las corrientes son las más tentadoras.

Todos los acontecimientos de mi propia vida, ya sean buenos o malos, me resultan algo *molestos*.

Los actos de las personas me afectan tanto como a otros el buen sabor o la toxicidad de sus alimentos.

Sus inventarios son sus omisiones.

Muchos filósofos son la muerte del poeta.

Es vergonzoso que uno no se permita de ningún modo ciertas metamorfosis. El carácter es la *selección* entre las metamorfosis.

El placer de adoptar nuevos papeles ante personas que le conocen a uno bien, escabullirse de ellos, por decirlo de algún modo, es tan grande que la invención de nuevos caracteres, como corresponde al oficio del dramaturgo o del novelista, resulta relativamente aburrido. Seguramente por eso muchos de los más excelsos personajes no pasaron a la posteridad. Uno quisiera ser ellos, intensamente, y ver cómo actúa su magia sobre los demás, no sólo consignarlos y conservarlos. Resulta liberador ver hablar a estas viejas manos en lenguas nuevas que poco antes ni uno mismo conocía. Resulta gratificante meterse en un nuevo rostro y volver a colgar sobre él el viejo como si fuera una máscara.

La bisnieta del gran astrónomo me ha recibido. Vive entre los telescopios con que se observaron las estrellas tanto del hemisferio norte como del hemisferio sur. He estado en la vieja casa y en el taller de Wilhelm Herschel. Justo enfrente hay un cine moderno y un gran número de personas haciendo cola. Fácilmente podrían ver los aparatos y los papeles sobre la mesa de Herschel, pero ignoran que existió. La bisnieta desearía que la tierra se tragase aquel cine.

Los poetas cuyas tumbas se visitan se carcajean parapetados detrás de sus obras.

Sólo le excitan las sospechas, no los hechos. Ya pueden ser graves, más graves que la propia sospecha, que no le atemorizan. En cuanto un hecho corrobora sus sospechas, se tranquiliza. Puede temer que le hayan envenenado, por ejemplo, pero tiene una forma de liberarse de su miedo: basta con que se convenza de que *está* realmente envenenado, y ya todo está en orden.

Cala rápidamente a las personas, y sucumbe a ellas precisamente porque las ha calado.

Constituye una tentación casi irresistible suscitar una preocupación cuando se está en situación de eliminarla.

En mí la lectura se propaga mediante la lectura, jamás obedezco a estímulos externos, o sólo después de mucho tiempo. Deseo *descubrir* lo que leo. El que me recomienda un libro me lo quita de las manos, el que lo alaba, me priva de su lectura durante años. Sólo confío en los espíritus que realmente venero. *Ellos* pueden recomendarme cualquier cosa para despertar mi curiosidad, basta con que *citen* algo en un libro. Pero sobre lo que otros citan con sus ligeras lenguas pesa una especie de maldición muy eficaz. Por eso he tenido dificultades en dar con los grandes libros, ya que lo realmente grande ha pasado a ser objeto de un culto generalizado. La gente va proclamándolos, como los nombres de sus héroes, y al llenarse la boca con ellos —desean saciarse— arruinan lo que me resultaría tan importante conocer.

En las frases aisladas es cuando menos se imita. Dos frases juntas ya parecen de otro.

Un país en el que sólo se respira por pura nostalgia.

En Inglaterra se juzga a las personas por su capacidad de dejar en paz a los demás.

El arte consiste en leer lo suficientemente poco.

Lo más feo: un pavo real avaro.

Las personas importantes a menudo son sólo curiosos que han llegado muy lejos leyendo.

Desea dejar anotaciones dispersas como corrección al sistema cerrado de sus pretensiones.

La historia le pone los cuernos a los poderosos.

Desea que cada frase hable por propia experiencia.

Las personas que conocemos desde hace demasiado tiempo estrangulan a los personajes que nos gustaría inventar.

La gente evita al que repite siempre lo mismo. Pero si lo repite con la suficiente desconsideración, se dejan dominar por él.

¡Cuántos siglos saquearán todavía a Platón!

El alma es múltiple, pero le gusta pasar por simple.

Nada es poco para ella: aventuras, bailes de disfraces, orgías, y él de palillo de dientes.

Ella no quiere ni oír hablar de bondad, y él se enfurece por ello.

Cuando la angustia por una persona se le hace insufrible, sólo tiene una forma de liberarse de él. Le cuenta a un tercero, conocido de ambos, que aquélla ha muerto. Le describe la noticia, cómo ha llegado hasta él, todos los detalles de la temida muerte. Lo hace prolijamente y confiriéndole los mismos rasgos que tendría de ser cierta. El horror que de este modo despierta en el tercero le sienta indeciblemente bien. Después de un rato habla con él de otras cosas, y al dejarle se siente seguro sabiendo que la persona por la que tanto ha temido está viva y ni siquiera corre peligro.

Es tan serio que sería capaz de pelearse con una lombriz.

Al oír aquella noticia sobre los vencejos que de noche vuelan dormidos a gran altura, me conmovió saber que el sueño y el vuelo siguen siendo una misma cosa.

Quiere que las noticias se acerquen a él como mensajeros vivos, y odia provocarlas.

Un gigante que, de puntillas, "caza moscas del techo". En la cuadra, los caballos del ejército se asustan del gigante. "Dicen que el ojo de los caballos aumenta los objetos mucho más que el ojo humano."

Un moribundo que se despide de sus dioses.

Darí­a años de mi vida por ser un animal por poco tiempo.

Toda literatura oscila entre la naturaleza y el paraíso, y le gusta tomar una cosa por la otra.

Con el saber el hombre se resguarda de la eternidad y cree alcanzarla.

Ella discute porque después llora mejor. El riñe para sentirse pletórico.

Las discusiones le aburren porque apartan de cualquier conocimiento.

No explicar a nadie lo abandonado que uno se siente, tampoco a uno mismo.

Uno se aferra a sí mismo hasta que olvida los puntos cardinales.

Se esfuerza por saber cada vez menos, y para eso tiene que aprender un montón.

En otoño el sol se agradece a sí mismo.

¡Cuánto infravaloran los hombres a su Dios! Le conceden *un* sueño, *una* creación!

Pero también podríamos decir que Dios es quien lo sueña todo *a la vez*.

Los autores que me resultan más extraños son aquellos cuyas breves vidas se ven incluso superadas por la de sus coetáneos de más edad. Y, así, tenemos a un joven Kleist junto a un Goethe ya maduro, aunque éste viviera luego casi veinte años más que aquél.

Aún más llamativo es el caso de las vidas de Novalis y Goethe, teniendo en cuenta, además, cuánto significó Goethe para Novalis. Los escritores jóvenes se vuelven más fácilmente atemporales, su inmortalidad constituye una especie de indemnización: resulta imposible imaginarlos viejos. Entonces tendemos a pensar que murieron jóvenes precisamente para no dejar tras de sí su imagen de ancianos.

Uno que aprende vocablos incluso en su lecho de muerte.

El hombre sin convicciones, que echa en cara a los demás sus convicciones como si él tuviera alguna, y cada vez distinta, según los reproches que requiera la ocasión.

Se esforzaba lo indecible por sacarle dinero a su enemigo. Luego se lo devolvía hecho añicos. Tanto le despreciaba, tanto despreciaba la avaricia, y tanto deseaba atacar a ese enemigo precisamente en su avaricia.

También la inmortalidad tiene usureros.

Embustera, de casa en casa trapicheando con la última palabra.

La momia del hombre más divertido del Antiguo Egipto.

Los pueblos que se han forjado un nombre durante los últimos tres o cuatro milenios y que ahora deberán conservarlo hasta el final.

Todo lo que le permiten mejorar le impresiona.

Ama las rocas, el conocimiento, por los terribles abismos que se abren entre ellas.

La vista de un mismo paisaje durante años y años se convierte en un vacío tranquilizador, que no se reconoce y por ello no se teme.

No quiere seguir viviendo, a no ser antes.

Consideraba limitadas a las plantas, superados a los animales.

Disfruta hurgando en las opiniones.

Investigar a los historiadores buscando cuál pudo ser el primer hito de su vida.

Una reunión de poetas ingleses vivos en la que cada cual aventaja a los demás en modestia.

Se considera muy profundo, pues sólo imita a autores de los que no quedan más que frases inconexas.

El pensamiento pierde su fuerza cuando se hace cotidiano. Debe precipitarse sobre su objeto como desde lejos.

Cuando lleva mucho tiempo sin leer algo sobre los dioses, se inquieta.

Todos los que alguna vez ha conocido le piden la palabra.

Sólo es posible vivir porque hay tanto que saber. Durante cierto tiempo, tras haberse derramado sobre nosotros, el conocimiento aún conserva su tersura y neutralidad, cual aceite flotando sobre las agitadas aguas de los sentimientos. Pero en cuanto se mezcla con éstos, cosa que finalmente ocurre, pierde toda utilidad, y nos vemos obligados a arrojar nuevos saberes a las olas.

Cada una de las tendencias espirituales de su vida aguarda un tiempo hasta que un día, condensada en una persona, se presenta ante él y se convierte en destino.

Escritor es quien inventa personajes que nadie le cree y, sin embargo, nadie olvida.

Uno a quien nadie vuelve a ver. ¿Cómo lo consigue?

Ella no puede renunciar a nada: si alguien le da la mano, no se la devuelve.

Un mundo en el que cada cual puede morir las veces que quiera, pero sólo por un tiempo limitado.

Una persona en la que cada cual reconoce a un conocido distinto.

Se busca un dios sordo para poder rezar lo que le venga en gana.

En una vida muy prolongada uno podrá tomarse más tiempo, siempre que los medios empleados para semejante prolongación no estén demasiado contaminados por los minutos y segundos tradicionales. Quizá habría que probar una nueva división del tiempo.

"Ready to be anything, in the ecstasy of being ever."

Sir Thomas Browne

El pellejo del tiempo yace destripado en el suelo. Ahora se aprestan a curtirlo.

La historia se las sabe todas porque nada sabe.

No quiero morir sin al menos haber soñado todas las creencias.

Cuando se acerca a una frontera peligrosa, vuelve la cabeza. Se le han escapado muchas cosas, pero todavía están ahí. Su mirada llega muy atrás, es como un cielo sonoro y se posa tierna sobre lo no vivido.

Cuando el ser humano se siente muy dichoso no soporta ninguna música ajena.

Las opiniones tienen sus propios vecindarios, algunas tienen enemigos a un tiro de piedra.

Las últimas palabras de Gogol: "¡Una escalera, deprisa, una escalera!"

"No hay nada nuevo bajo el sol, sólo yo", sarcástica frase clave del poder.

Dios atrapa al vuelo a un par de estrellas para salvarlas de nosotros.

La lluvia me hace feliz como si acabara de venir al mundo suavemente y sin dolor.

El futuro se gusta demasiado, pero de nada le vale.

El moribundo se lleva el mundo consigo. Pero, ¿a dónde?

Es demasiado viejo para volver a nacer.

Ha predicado tanto que ya no cree en nada. —¿Cuántas veces puede uno proclamar su fe sin ponerla en peligro? Encontrar la *relación*.

Un mundo en el que todos sigan siendo antepasados sin descender de nadie.

El vivo se contenta doliéndose.

Eres demasiado listo, tienes que *perder* más. (Consejo a un amigo).

En sueños: poema del próximo siglo.

Historia de un hombre arruinado por *una* palabra.

Se ahorcó con las clasificaciones de su filósofo favorito.

Su anhelo secreto: prodigar favores a los antiguos griegos.

Derrocha palabras, las olvida, los demás no.

Los lectores, los lectores de todas partes, de todo el mundo, sobre los libros equivocados, ávidos, crédulos, inclinados, ienvenenados!

Pensamientos que nunca se tocan.

Un país donde se planchen las orejas.

La evolución de una persona consiste fundamentalmente en las palabras que *desecha*.

Deberíamos obligarnos a no pensar en varios años, para que todas las partes rezagadas de nuestra persona *den alcance* a la avanzadilla.

El respeto que muestra la gente por sus respectivos hábitos con la esperanza de que el hábito de uno concuerde con el del otro y que dicha solidaridad de lugar a un pasatiempo.

No *siempre* quiere matarlo a uno el enemigo. Sólo en el caso del paranoico parece que el asesino es siempre un asesino.

Hace lo que no quiere hasta que lo quiere: autodestrucción.

III

Olvida a los enemigos aburridos, los auténticos, mejor invéntate otros.

Una religión que *prohibiera* los rezos.

Un país de fanáticos en el que de pronto se permita y se respete cualquier opinión.

Hay cierta tristeza en las palabras desnudas, pero yo no soy sastre, y antes que probarles un traje prefiero seguir triste.

La claridad y la brevedad constituyen un obstáculo para el narrador, ya que éste vive de los impredecibles saltos de la metamorfosis y de un aliento inagotable.

A menudo uno enferma gravemente para convertirse en otra persona, y, decepcionado, sana.

La forma de los órganos del cuerpo de una persona se expresan en sus sueños, y el soñador, sin saberlo, deambula *dentro de sí*.

Desea arrancarse el corazón del futuro.

Resulta difícil calar a los demás y permanecer intacto.

Visión de los comensales: cada cual tiene ante sí una fuente llena. Ninguno tiene hambre, todos están saciados. Cada uno echa mano de la fuente del vecino y come y come.

Quiero arribar a muchas visiones duras de la época, como Quevedo o Goya, y temerme tan poco como les temo a ellas. Quiero obligar a los demás a seguir viviendo, por muy menguadas que sean sus expectativas. Quisiera dar con un apocalipsis invertido que *los libere* de la amenaza que pesa sobre ellos. Quiero ser fuerte y confiar.

Mientras siga habiendo ramas del saber ajenas al *experimento*, estará justificada la esperanza.

Deberían llamarse amigos sólo aquellos que averigüen los años que les quedan por vivir para luego repartírselos equitativamente.

Sus juicios son esencialmente medidas de longitud.

Hay soledades y soledades. Este quiere estar solo para poder sentir por fin a todos los que no lo están. El otro quiere estar solo porque le encantaría ser el único.

No pierde el tiempo, lo estrangula, tan pletórico estaría si lo aprovechase.

Bolsillos muy grandes, como los bolsos de las señoras, para los *pecados*.

Una cicatriz en el rostro de una mujer... y ya posee la atracción del animal que habría podido herirla.

Mucho más que objetivos, lo que se requiere para vivir es un *semblante*.

Una persona que supiera tantas lenguas que siempre respondiese en la equivocada.

Una cabeza por encima del agua le devolvió la fuerza para retomar el hilo del relato.

Nunca se odia uno tanto como cuando siente que ha dado en vano lo mejor de sí, y entonces, sólo entonces, desea realmente morir.

Necesitamos un sinfín de apetencias ante las cuales no claudicamos, si no, ¡horror!, uno se convertiría en un único perro desesperado.

La humillación más profunda de los ricos: que puedan *comprarlo* todo. Entonces se creen que eso es realmente todo.

Darse de bruces con un mundo nuevo y magnífico, completamente extraño, por *despiste*.

Espera poder seguir viviendo en todas las imágenes excitantes que ha conocido.

Una huelga de hormigas.

¿Y si resultara que hay un vínculo secreto entre las palabras de las diversas lenguas?

No siento ningún respeto por la realidad en cuanto se reconoce como tal. Lo que me interesa es lo que debo hacer con la realidad que desconozco.

El país en el que uno se avergüenza de estar sentado en público con un lápiz en la mano escribiendo frases completas: Inglaterra. Si no fueran más que números, no levantaría la menor sospecha.

¿Y si resultase que sí hay secretos *para Dios*?

Todos los hombres tendrían un corazón común, no mayor que los corazones que conocemos. Pero tiene que circular, pues todo el que viene al mundo tiene derecho a él. En cada ser humano hay un hueco preparado para este corazón, sólo hay que encajarlo, y al punto se hace notar. Los ritos importantes y sagrados guardan relación con el corazón. El momento más importante en la vida de cada persona es aquél en que lo recibe. La preparan durante mucho tiempo, explicándole lo raro y antiguo que es, Cuán sorprendente que se haya conservado, cómo debe su indestructibilidad precisamente al rito de la inserción. Si el corazón se quedase mucho tiempo solo, y no en una de las innumerables cavidades que lo aguardan, se atrofiaría y perdería su fuerza. Nadie puede albergarlo más de una vez. Su portador viajará con él hasta donde resida el siguiente: el corazón no debe permanecer en la misma ciudad. El portador pasa por ser invulnerable. ¿Quién sería tan ciego como para no reconocerle? Brilla mientras es el Afortunado. Sabe, desde luego, que no merece su fortuna, pero eso no significa nada. Le eligen a él como podrían elegir a cualquier otro, y sólo esa elección le convierte en un ser humano completo.

¿Acaso el correcto hallazgo y disposición de las personas que lo integran podría hacerle perder el miedo? Se transforma en partida de ajedrez y se queda en tablas.

La palabra soledad tiene en sí un tono falso, como si aún procediera de Dios.

Sólo soporta las leyendas y las historias maliciosas inventándose otras peores.

Busca desesperadamente gente de la que *no sepa nada*.

Un sueño

Un sueño de M. que anotó hace años para mí, creo que fue en 1942 ó 1943.

"Sin darme cuenta tiré un objeto pequeño, quizá una colilla. Al hacerlo caigo en la cuenta... ahí yace una muchacha muerta... miré hacia aquel lugar: era como si estuviera debajo de una mesa... o como si el tablero formara un techo, delante habían colocado unas tablas atravesadas de cerca de medio metro de alto de modo que, si te asomabas, podías ver lo que había debajo de la mesa... ¡y allí estaba ella! *¡Completamente abierta!* De haberlo sabido, no habría sido tan descuidada para tirar allí una colilla... ojalá no le haya caído encima. La quería mucho. Me alteraba enormemente que estuviera, de verdad, totalmente abierta y visible. Cuando me incliné, ¡se movió! Su boca se estiró, enorme y de través —un agujero negro—, no estaba claro si se reía o gritaba (no se veían dientes), por lo demás tenía un color amarillento, como una masa seca. Yo estaba muy excitada. 'Parece que revive. ¡Es posible que reviva realmente!' La quería muchísimo. Pensé en C. ¡¿Y si realmente le hubiera devuelto la vida?!

Estaba sentada a su lado. Estaba muy cerca de ella. Sus brazos colgaban casi rectos. Uno cruzado hacia la izquierda, el otro hacia la derecha. Uno de mis brazos descansaba sobre los suyos. La quería muchísimo. Tenía tanto miedo, pensaba, no puede ser verdad que esté viva... seguro que volverá a morir. Mi mirada cayó sobre uno de sus brazos. Era de arcilla. Pero una arcilla fresca y blanda... aún podían verse los rastros de una espátula, dos trazos burdos hacia abajo, ¡y entonces ocurrió lo más extraño! Me encontraba muy cerca de ella... mis ojos repararon en su mejilla y... era de color rosa, de un rosa blancuzco, ¡vivo! Entonces supe que seguiría con vida."

"Visnu adoptó la forma de un jabalí y levantó la Tierra hundida y anegada por las corrientes. Se había hundido porque Jama la gobernó en otro tiempo, y bajo su reinado sólo nacieron criaturas sin que muriera ninguna. La Tierra no pudo soportar aquella carga y se hundió."

En cada lengua *una palabra que mata* y que, por ello, no se pronuncia jamás. Pero todos la conocen, y de algún modo misterioso se perpetúa en el saber de las gentes.

Un país en el que cada mujer sirva un tiempo como camarera, y cada hombre como perro.

Te has dispersado mucho, y sólo las mayores amenazas pueden recomponerte.

Una persona dulce, un dulce cuerpo, y dentro un corazón como el morro de un esturión.

Dios se ha extraviado. Ahora todos le llaman a la vez desde todas partes.

Ya es bastante que tenga a veces, con mayor frecuencia que antes, pensamientos interesados; no quiero más, si no resultaría irrelevante que viviese siquiera. Hacer las cosas como cualquier otro: rastrear una pequeña ventaja aquí, una grande más allá, olisquearlas, contarlas, perseguirlas, atraparlas, ¿para qué? Quiero vivir al margen y no *utilizar* nada.

¡Cuántas palabras gastamos y Cuán pocas son nuestras!

Unos ladrones que roben todo sólo por una temporada y luego lo devuelvan. Lo peligroso de su profesión radica, más que en la propia sustracción, en su capacidad de devolver lo robado sin que nadie se dé cuenta. Su honor y su orgullo dependen de lograrlo, y cualquier objeto que conserven más tiempo del previsto les quema en las manos como el infierno.

Una vida hecha de momentos no vividos, todos esos momentos brillan de pronto *a un tiempo*.

Cambiar de lugar para poder soportar la perseverancia del pensamiento.

Dios era cojo y creó al hombre para que le sirviera de muleta.

Donde quiera que vaya, se sienta y comienza por desempacar su superioridad.

De pura tristeza convertirse en *tiempo*.

Se cuelga la nada al cuello como si fuera un chal, pero ésta se resiste a estrangularle.

Desmontar el saber sin causar estragos en los conocimientos.

Pasar un día solo entre muchas caras desconocidas: su idea del reino de los cielos.

Decir no y abrir los brazos de par en par.

Los mejores pensamientos, los esenciales, son aquellos que olvidamos con la misma vehemencia con la que surgieron por vez primera. Más tarde regresan a nosotros como ideas totalmente nuevas, en otras estaciones, y no los reconocemos, o sólo como si procedieran de otra vida. Cuanto más ocurre esto, cuantas más vidas propias y trascordadas tengan, más relevantes son.

Peligrosidad del recelo creciente: el placer de su constatación. Uno se alegra de haber tenido razón, tenerla se torna esencial. En lugar de vivir hundido en la desesperación, la única forma altruista de vida que puede darse, uno se conforma con "conocimientos" ridículos, nimios, fútiles: es uno el que cala a los demás, quien conoce cada maldad incluso antes que el malvado que la comete, y siempre podrán encontrarse maldades impropias de uno, ya que no es posible practicarlas todas. La sospecha, sin embargo, se convierte en un sistema cerrado y perfectamente organizado de maldades.

En lugar de anillos de boda llevan pequeñas corazas que les cubren todo el dedo, y se golpean con ellas en la cara.

El dolor hace al poeta, el dolor plenamente sentido, no evitado, reconocido, abarcado, conservado.

Nietzsche nunca me resultará peligroso: porque más allá de cualquier moral albergo un sentimiento indeciblemente fuerte, omnipotente, del carácter sagrado de cada vida, sí, de todas y cada una de ellas. Y contra él se estrella el ataque más burdo, así como el más refinado. Antes renunciaría por entero a mi propia vida que entregar, aunque sólo sea hipotéticamente, la de cualquier otro. No hay en mí ningún otro sentimiento tan intenso e inamovible.

No reconozco *ninguna* muerte. Y, así, los que han muerto siguen vivos para mí, no porque me exijan nada, ni porque les tema, ni porque pudiera pensar que algo de ellos perdura, sino porque no deberían haber muerto. Todas las muertes ocurridas hasta ahora constituyen un asesinato legal múltiple cuya legalidad no admito. ¿Qué me importan los precedentes sin número? ¿Qué me importa que ni uno solo siga vivo? Los ataques de Nietzsche son como aire emponzoñado, pero un aire que no puede hacerme daño. Lo exhalo ufano y desdeñoso, y me compadezco de él por la inmortalidad que le aguarda.

De pronto los días se le hicieron valiosos. Empezó a contarlos. Sus celos hicieron presa en ellos. Resultó que cuadraban mejor con ellos que con las personas.

Los dioses *yerran* siempre el tiro, sin embargo, algunos se sienten arrebatados.

Lee libros sobre guerras antiquísimas, como si hubiéramos acabado hace tiempo con la guerra.

La sordera, la gran suerte del charlatán: así deja de oírse.

¿Acaso no se puede vivir nunca, ni un solo instante, sin tener que aborrecer a alguien?

Ese extraño y tardío amor por todo lo malo que nos ha hecho el prójimo, como si lo hubiéramos querido así; como si hubiéramos esperado eso y no lo bueno, como si lo bueno no fuese más que una consecuencia secundaria y fugaz de la proximidad, y lo realmente duradero, el auténtico logro, lo malo.

Tanta aversión fluye entre ellos, del uno al otro y de vuelta. A veces, para sentirlo mejor, se sientan con las manos entrelazadas. Aguardan el bendito instante en que un golpe, más fuerte que ellos e incontrolable, les separe cual espada de Dios.

Redimirse a través de los desconocidos. Sin embargo, debe haber diversos grados de desconocimiento: personas totalmente ajenas a uno, misteriosas y muy distintas de todo lo que se ha visto antes; otras que no se alejan demasiado del tipo de persona con que habitualmente se trata; otras que recuerdan en algo a gentes conocidas, aunque se tenga la certeza de que son extraños; y otras que tal vez uno haya visto alguna vez, con las que se cruza en determinadas ocasiones sin intercambiar ni una palabra. Mientras no sepamos sus nombres, son desconocidos. El nombre es el escudo de los hombres, y con él comienzan a sembrar el miedo a su alrededor.

Cada uno de estos grados tiene su propia forma de redención, y todas son necesarias. Es posible que se haya acumulado y almacenado una gran fuerza liberadora allí donde jamás la hubiéramos buscado, y sólo podemos seguir viviendo mientras esperamos que surja en cualquier lugar.

IV

Desea que le arranquen ese pesado cielo que gravita sobre ella. Pero, ¡qué alivio siente cuando alguien lo consigue!

Un país en el que la gente vaya totalmente desnuda y se cubra tan sólo las orejas. Todo pudor se concentra allí en las orejas.

Sueña que trae quintillizos al mundo, y todos legibles.

Jamás, desde que tengo uso de razón, le he dicho a nadie ¡Señor!, y cuán fácil es decir ¡Señor!, y cuán grande la tentación. Me he acercado a cien dioses y a todos los he mirado de hito en hito y lleno de odio por la muerte de los hombres.

Hay que elegir entre el amor o la justicia. Yo no puedo, yo quiero las dos cosas.

La ladrona que no puede dejar de pensar que ha robado su *cara*.

Cómo soportar a esos co-paranoicos que funcionan exactamente igual que uno mismo, cuyo menor gesto se comprende de antemano, *en* los que presentimos exactamente lo que podría ocurrir, donde nos vemos reflejados en cada detalle y de un modo atterradoramente preciso, y, si bien todo coincide en la forma, el contenido es totalmente distinto!

De niebla en niebla alcanzar más claridad, hasta que, envuelto en la niebla de la claridad suprema, se disuelva del todo y desaparezca.

Esos vehículos que circulan entre la niebla, grandes, pequeños, desde seres humanos hasta camiones, se deslizan junto a él sin chocar jamás. No se tocan, se acarician, nada colisiona, para todo hay lugar. La precaución con que se tratan las gentes, su adorable prudencia, y si, pese a todo, uno llega a chocar con otro, lo siente como una revelación. La niebla de esta ciudad es la imagen de una paz paradisíaca, la única posible aquí, que embarga al que lo contempla de una sensación de dicha infinita.

El misántropo: ayuna ocho días y luego come solo.

Una idea perturbadora: que sea un animal doméstico el primero en alcanzar la inmortalidad, por ejemplo un perro: el perro inmortal.

No es a estar solo que debo aplicarme, pues eso no me pesa, me gusta estar solo; es el hecho de *callar* cuando estoy con otras personas. Estos repentinos estallidos en discursos precipitados y violentos resultan vanos y desconcertantes. No importa tanto a quién vayan dirigidos, o si me comprenden o no; las palabras mismas, mis propias palabras, ejercen sobre mí un efecto terrible y devastador. Son demasiado fuertes, debo mitigarlas escribiéndolas. Lo que digo es tan violento que cualquiera que lo oiga ha de apartarse, aunque sólo sea para defenderse de mí. Pero yo no puedo esquivar mis propias palabras, estoy a merced de ellas, las acepto, las comprendo en su totalidad, y por ellas entro en un estado de agitación semejante al del mar al desatarse la tormenta.

Toda palabra tiene sus víctimas, sobre las que incide con violencia; a veces creo que soy víctima de todas las palabras. Sólo puedo escaparme de aquellas que escribo: me tranquilizan, me parecen admisibles. Estoy convencido de que más adelante, cuando esté muerto, ya no me alterarán, pese a que entonces, y sobre todo entonces, estarán allí.

Ladrones-zalameros: le alaban a uno hasta la saciedad todo lo que entretanto van encontrando en sus bolsillos.

Wheen, a quien aprecio mucho, bibliotecario del "Victoria and Albert Museum", me refirió hoy la primera humillación que recuerda de su infancia. Creció en Australia, en Sidney, donde nunca tuvo trato con los nativos. Un día, tendría unos ocho años, toda la clase se fue de excursión con el profesor a Botany Bay, donde había una reserva de indígenas. Llevaban éstos una vida miserable rodeados de suciedad y ahogándose en alcohol. El profesor les condujo hasta un anciano que hacía las veces de cabecilla. Estaba tumbado a la entrada de una cueva y, al ver a los niños, les volvió la espalda. El profesor trató de convencerle de que hablase con ellos asegurándole que habían venido para verle. El anciano miró al pequeño *Wheen* e hizo un gesto de repugnancia como aquél no había visto jamás. Luego se volvió de nuevo y ya no fue posible hacerle cambiar de parecer. El asco que había mostrado fue algo que *Wheen* no pudo olvidar. Durante el resto de su vida se sintió un ser repudiado, despreciado.

Cuando, más adelante, siendo ya un joven, viajó a Europa, descendió del barco en Suez y se dirigió al barrio de los nativos acompañado de una muchacha. Un nativo que tenía un rostro muy bello y altivo se les acercó y le escupió a *Wheen* a la cara sin que mediara provocación alguna. Hablamos luego de otras cosas, y sólo más tarde le pregunté cuál había sido su reacción. No devolvió el golpe, y se sintió muy mal después de aquello, me dijo, y aún más la muchacha, que había esperado de él esa reacción, la más natural.

Explicó su comportamiento achacándolo a la cobardía, y durante la larga discusión que mantuvimos en torno al asunto se negó a renunciar a esa palabra. Cuando al cabo de una hora nos separamos, me preguntó de pronto si no me había avergonzado nunca de ser blanco.

Ella le sonrío a sus palabras como si fueran globos, y no sabe cuán fácil y alegremente explotan.

¿Dónde está el límite? Es capaz de dejar morir a todos de hambre, pero no puede matar a nadie.

El ajenador camina entre la gente y las separa.

Me divierte ver cómo se burlan de mí ciertos desconocidos que, estando a mi lado, no saben quién soy. Escucharles y comprender sus ataques, formulados en una lengua que consideran incomprensible, me vuelve arrogante. Tengo entonces la sensación de estar allí sentado envuelto en una falsa piel que ellos comentan y juzgan. Pero debajo de esa piel estoy yo, y cuántas cosas *certeras* podría decirles sobre ellos mismos.

Ser tan bien alimentado en la infancia que luego no haga falta comer nunca más.

Le tortura la idea de que tal vez todos hayan muerto *demasiado tarde* y de que nuestra muerte sólo llega a serlo realmente debido a su aplazamiento; que todos tendrían la posibilidad de seguir con vida en caso de morir *a su debido tiempo*, sin que nadie sepa determinar cuál sea ese momento.

Todos los que aman la muerte terminan por negarla.

La muchacha que sólo se desviste bajo un cometa.

Se le sienta en el regazo a la primera silla que encuentra.

El tiempo posee cierto orgullo maternal, quiere ser llenado, no recortado.

El latido de Dios en nosotros: el miedo.

El interés por los precios, como si uno fuera a aferrarse a ellos. Aquí, los amigos íntimos se dan precios de despedida como el que se

estrecha la mano: tanto para ti, tanto para mí, cuanto más precisos, más amigos son.

Puede ayudar a cualquiera mientras no reciba nada a cambio.

Ella recorre la tierra entera en busca de los celos que él perdió.

El eco de su infancia está desafinado.

¡Esa danza de las grullas! ¿Cómo se atreven los humanos a dar un solo paso?

Su misantropía sólo era equiparable a su amor por los hombres.

Asocias tan rápidamente que comparas demasiado poco. ¿O es que sólo los coleccionistas comparan?

La única gente que me resulta aburrida son los parientes.

Su sueño: que sólo vivan los nombres y que todo lo vivo no sea sino un sueño de los nombres.

Todavía no has aprendido a captar el instante en toda su fuerza: supones que seguirá brillando, no lo reconoces como tal; crees que una palabra nueva no puede apagarse. Pero todas se apagan, sólo existe lo que realmente anotas en el instante. Tendrás que reconocer esta limitación o terminarás por perderte tu verdadera vida, la de las ideas.

¡Cuántas manos tendiéndose de pronto hacia todas partes! Tú sólo veneras una.

Ella le ha devorado su inmortalidad.

Estoy harto de reconocimientos, de referencias al pasado, de asociaciones, prolongaciones, ocultamientos, revelaciones. Quiero vivir algo que no tenga nada que ver con nada que haya estado antes en mí, que no encuentre continuación ni esté condenado a permanecer, algo de movimientos veloces, bruscos, impredecibles, en una palabra, quiero un milagro.

La soledad del dolor: ¡qué extraño que no nos detestemos aún más por ella!

Eliminar las palabras enfáticas. Que la idea misma sea vigorosa, y no la emoción con que la expresas.

¡Esa esperanzada fatiga producida por muchas caras nuevas, ya sea que le rodeen a uno o le salgan al encuentro, y ese insaciable deseo de experimentarla! No hay nada que distinga tanto al hombre de hoy como esa forma especial de fluidez y densidad en la que nos zambullimos varias veces al día para liberarnos de ella otras tantas.

Lo que me conmueve en la idea del Juicio Final es la resurrección de todos los *cuerpos*, su reencuentro.

Países que lo admiten todo, como América, y países que repelen: Inglaterra.

¡Estas familias! ¡Todas cortadas por el mismo patrón y a cual más orgullosa!

El más feliz: conoce a todos y nadie le conoce.

Es fabuloso ser un loco cuando se es razonable.

Su vida es una búsqueda de todo lo invendible.

Deja hablar a todos, no hables: tus palabras le hurtan a las personas su propia forma. Tu entusiasmo borra sus contornos; se desconocen cuando hablas; son *tú*.

Se siente tan solo que mendiga permiso para dar consejos.

Cuando no sabe qué decir menciona a Dios.

Todo se vivificó demasiado pronto, y así, el hombre se ha *desahuciado* en la tierra antes de llegar a saber nada.

Algunas palabras tienen tantos sentidos que vale la pena haber vivido sólo para conocerlas.

No tiene a nadie a quien rogar misericordia. ¡El arrogante descreído!
No puede arrodillarse ante nadie: esa es su cruz.

El orgullo es lo que más se cotiza. Feliz el gusano, que no lo posee.

Te has extendido tanto que ya no eres capaz de abarcar con la mirada el rebaño de tus pensamientos, y sigues sin querer domesticarlo.

Una sonrisa que *detenga* a la muerte.

Multiplicadores inconscientes.

Si hubiera leído más, no sabría realmente nada. Pero ese poco saber, que deriva su confianza de sus propias lagunas, es falso y peligroso.

Eres tan bello, dice a veces, y no hay nadie a quien decírselo.

He ido a parar a un laberinto formado por las ideas más extrañas, quizá porque no he temido exponerme a esta época, quizá por fanfarronería, por una especie de convicción juvenil de que era posible superarla intelectualmente incluso a ella; pero, sea cual sea la razón, ahí está el laberinto, y yo en medio, y debo encontrar una salida tanto para otros como para mí.

No olvides que para algunos eres tan tonto como pueda serlo para tí el más tonto de todos.

Un parque en Londres: muchas personas desconocidas, no demasiado cerca ni demasiado lejos, todos bajo la suave luz del verano que agoniza, los hay tumbados, otros que permanecen de pie, sentados, caminando, todos vivos bajo un cielo cálido, nadie grita, nadie discute, todos vienen y van libremente, solos, con otros, con quien deseen, y mientras permanecen allí nadie se siente coartado ni triste. Es como si los hombres pudiesen entrar en el paraíso sin tener que permanecer en él y ya no pudiesen ser expulsados por ningún pecado.

Me parece que sin una actitud distinta hacia la muerte nada podrá decirse realmente sobre la vida.

La existencia ha de ser en todas partes, si no no es existencia.

No reconozco ni una sola muerte. Que tengan que morir hasta los mosquitos y las pulgas no me hace comprender mejor la muerte que la terrible historia del pecado original.

Que algo de nosotros siga vivo o no en algún lugar resulta irrelevante. No vivimos aquí lo bastante. No tenemos tiempo para demostrar nuestra valía. Y, como reconocemos a la muerte, la utilizamos.

¿Cómo podría no haber asesinos mientras el hombre se *avenga* a morir, mientras no se avergüence de hacerlo, mientras *incorpore* la muerte a sus instituciones como su fundamento más seguro, mejor y más significativo?

Lo que más nos ha confundido ha sido la aparente funcionalidad de los organismos.

La *massa damnata* de San Agustín es la herencia romana de la *batalla*.

Quien desprecia demasiado la propia aflicción tampoco siente ya la ajena.

(*Estoicos*)

Las cosas verdaderas que cuento sobre mí son las que antes se me antojan mentiras.

Implantar otros corazones, de caballos en vez de hienas.

Sería preferible que los dioses sencillamente hubieran emigrado y pudiésemos reencontrarlos en otra estrella.

Odio la historia; no hay nada que lea con más placer; le debo todo.

Una Basílica de San Pedro llena de papas.

N. desea invalidar todo contacto en cuanto se entera de que alguien ha muerto. Teme un contagio póstumo de la muerte. Cree que podrá seguir con vida si niega a los muertos de un modo eficaz, eficaz también para él. Para evitar la muerte, remata a sus muertos.

Los que comercian por espíritu conciliador. Los que comercian por su carácter pendenciero.

Grados de la desesperación: no recordar nada, algo, todo.

Pensar bajo luces diversas. Los filósofos ilegibles no toleran que se altere su luz.

Una torre de Babel hecha de *huesos*, y todas las lenguas olvidadas.

Toda conversación le irrita enormemente, un año después.

El afortunado cuyos reparos se *emborrachan*.

Ella le recibe y le despide con lágrimas; le da lágrimas para comer. Le viste de lágrimas. Le lee lágrimas.

Las oraciones con las que se sustraen a Dios.

Entre estas gentes, el rey lame el dinero hasta dejarlo limpio.

Cambio obligatorio de nombre cada cinco años. El destino de los famosos. Sus embustes.

La diabólica alegría de los muertos, porque no sabemos nada de ellos.

La Electra de Sófocles contiene la muerte en todas sus formas.

Se sitúa a la sombra de un asesinato y conduce a dos más. Son asesinatos en su forma más concentrada, el primero perpetrado contra un esposo, Agamenón, el segundo contra una madre,

Clitemnestra. Sólo el tercero, el último, es el asesinato de un amante, alguien que no es un pariente cercano. Electra nunca deja de pensar en la muerte de su padre. Su hermano, Orestes, a quien ha nombrado vengador, vive en otra ciudad; está siempre en contacto con ella. Luego, cuando al fin llega, hace circular la noticia de su propia muerte. Asistimos simultáneamente a la reacción que esta noticia suscita en Clitemnestra y en Electra. El mensajero describe con gran elocuencia la caída de Orestes durante una carrera de carros. Para la madre, que le teme como vengador, se trata de la muerte más *deseada*, para la hermana, que ha puesto todas sus esperanzas en Orestes, es la muerte más *temida*. El propio Orestes hace acto de presencia llevando sus propias cenizas una vez que la madre ha dejado a Electra. Y de este modo vive el dolor de la hermana por su muerte, algo que raras veces le es concedido a los mortales, ya que nunca están presentes cuando llega esa noticia. El dolor de Electra es tan profundo que Orestes se da a conocer: regresa a la vida para ella. Su reencuentro resulta tanto más intenso tras la falsa noticia.

En la escena anterior Electra ha asumido el papel del vengador, tras dar a su hermano por muerto. Su hermana, a quien trató de convencer para que la ayudase, rehusó dicho papel. Al volver a la vida, Orestes vuelve a ser *el* vengador. Entra en palacio en calidad de mensajero y portador de sus propias cenizas, busca a su madre y la mata. Fuera, Electra también golpea con su terrible frase.

El final, el asesinato de Egisto, se utiliza para una nueva transfiguración de la muerte. Se le presenta un catafalco con un cadáver velado, y él cree que se trata del cadáver de Orestes, levanta el paño y ve ante sí el cuerpo ensangrentado de Clitemnestra.

Así, esta obra contiene *todos* los elementos del morir y de la muerte. La *memoria* de la hija muerta que anima a Clitemnestra —ha vengado a Ifigenia en la persona de Agamenón-; la memoria del padre muerto como deseo de venganza en Electra y Orestes, como aceptación de la muerte en el caso de su hermana Crisotèmis; el *miedo* a la muerte de los culpables, en Clitemnestra y, de otro modo, en Egisto, que vive *conscientemente* los instantes que le quedan antes de ser ajusticiado. La *impavidez* ante la muerte en Electra, y la fascinación que ésta ejerce sobre los demás. El asesino que se disfraza de muerto y llega con sus propias cenizas. El catafalco, la urna con las cenizas, la ofrenda a los muertos. La noticia del fallecimiento y sus diversos efectos. El paso de una muerte deseada a la propia muerte (en Clitemnestra), el mismo paso, más lento, de una muerte deseada a una temida y, finalmente, a la propia (en Egisto: Orestes-Clitemnestra-él mismo). Todas estas formas, elementos y metamorfosis de la muerte son también vividos por el coro. Su función es la de un cristal de masa que polariza los procesos para un auditorio más numeroso. Orestes aparece con un amigo que nunca habla y que actúa como su doble o su sombra. El mensajero, un anciano, es algo así como un taimado ángel de la muerte que, al proclamar la noticia de una falsa muerte, prepara una real.

(1951)

Ella sólo puede amar cuando se la toma por otra.

Alegría por las subidas de los precios: se pasea por las calles de la ciudad, mira todos los escaparates y se siente feliz porque todo es más caro. Objetos que antes le eran indiferentes ahora le incitan a la compra. Le preocupa que todo pueda abaratarse de repente, antes de haber podido comprarlos caros. Sonríe a los vendedores, que se avergüenzan y que, en cualquier caso, le miran con una mirada culpable o descarada. El les anima: ¡más! ¡subidlos más! ¿No lo habría más caro? Pero no le entienden y creen que busca algo de mejor calidad. Le gustaría estar presente cuando suban los precios, siempre ocurre a sus espaldas, de noche, cuando las tiendas están cerradas.

V

La responsabilidad del mudo. Una novela.

Ella quiere suicidarse, dice, pero después de que él le pida disculpas.

Hay un miedo luminoso y un miedo amargo. El primero crece y crece y se expande hasta que estalla. El segundo se encoge y se seca. Este miedo amargo es el que convierte a los hombres en momias, el luminoso los convierte en poetas.

Resulta casi imposible no caer en poder de nadie —pero el que lo consiguiera!

El durmiente entrega su sueño al que vela y éste lo protege, y sólo los dos juntos forman un espacio.

Él le rogó a ella que se apease de sus ojos.

A cada cual le prepara un final y se lo sirve con un "¡Que aproveche!".

La Creación. "Cuando era noche, estaba la luz metida allá en una cosa grande, de donde después salió. Y aquella cosa comenzó a amanecer y mostrar la luz que en sí tenía y dando luego principio a crear cosas en aquella primera luz. Las primeras que creó fueron unas aves negras grandes a las cuales mandó, al punto que tuvieron ser, fuesen por todo el mundo echando aliento o aire por los picos, el cual aire era todo lúcido y resplandeciente. Con que habiendo hecho lo que les mandaron quedó todo el mundo claro e iluminado como está ahora."

Chibcha

Lo único que realmente le consuela son los mitos. Su corazón ya sólo se alimenta de mitos. Posee un gran acopio de mitos desconocidos, su elixir de vida. Cuando se agoten los mitos, morirá.

La edad de la Tierra, decía, cambia según el número de sus habitantes.

A quien menos entiendo es a mí mismo. Pero es que no quiero entenderme. Sólo quiero utilizarme para comprender todo lo que existe aparte de mí.

En los *diálogos platónicos*, que, por decirlo de algún modo, uno escucha en silencio, nos vemos obligados a comprender lo más *lentamente* posible aquello que se trata. A veces, casi remiso, surge un mito cual rayo que atravesara el discurso, pero en seguida se intenta aclarar el ambiente para que no pueda avanzarse demasiado deprisa. El intenso arrobamiento del que es capaz Platón se ve alcanzado, gracias al diálogo, por el ritmo de la cotidianeidad, de suerte que lo más fabuloso, lo imposible, llegan a aparecérsenos como asuntos prácticos.

Todos los animales extintos. ¿Empezarán a parecerse cada vez más los hombres cuando ya no puedan, contemplar a los animales?

Al llegar tiran los zapatos por la ventana. Después vienen los saludos.

Preocupada por su carácter, tenía en casa un piñonero.

No hay, creo yo, ningún precepto antiguo que no me inquiete ni me ocupe en lo más profundo de mi ser.

Un hombre que nunca pierde el resuello y se fuerza a formular las frases más cortas.

Se dice que los matrimonios de conveniencia son los más felices. Entonces más vale no ser feliz.

De muchas relaciones humanas largas no suele quedar más que una mutua *vigilancia*. Todo cuanto uno desearía hacer no debe hacerlo el otro. Como no se le soporta y sin duda por ello uno no acude, debe quedarse esperando en casa. Como se le ocultan muchas cosas, no debe tener secretos. Como uno se niega a entretenerle, debe resultar entretenido.

El no escribía sus novelas. Las caminaba.

Se aprende de memoria ciudades enteras antes de verlas. Ama los nombres de las calles que aún no conoce. Sueña con ellas, los nombres siempre están más vivos que los propios lugares.

Los únicos pensadores *razonables* que soporta son los chinos. Hay tanto espacio que recorrer hasta llegar a ellos, no te constriñen. ¡Cuán bella es la inteligencia, se dice a sí mismo, en la lejanía!

El devoto: el propio Dios aún está *surgiendo*, no ha creado el mundo, sino que es su heredero. En el transcurso de la historia, Dios se *forma* a partir de algunos de sus elementos y tradiciones. Nadie puede prever cuál será su esencia y su forma, aún es demasiado pronto, todavía no se sabe *cómo* será Dios. Pero llegará el día en que termine de formarse, y nuestra obligación es vivir venerando y esperando ese instante.

"¿Que no tengo religión? ¡Tengo por lo menos diecisiete!" Gérard de Nerval, un día en casa de Victor Hugo, al ser acusado de no tener religión.

Un condenado en el infierno que pide clemencia para todo el que llega.

Has huido del aliento del mundo retirándote a una mazmorra suntuosa donde no sopla brisa alguna, y mucho menos un hálito. ¡Oh!, aléjate de todo lo que te es familiar, personal y seguro, desecha toda intimidad, sé valiente, ¡cuánto tiempo hace que duermen ya tus cien oídos! Quédate solo y pronuncia las palabras no destinadas a nadie, otras, nuevas, tal como te las brinda el aliento del mundo. Toma los caminos trillados y rómpelos sobre tu rodilla. Si hablas con algún humano, que sea de aquellos que no volverás a ver. Busca el ombligo del mundo. Desprecia el tiempo, deja escapar el futuro, ese miserable espejismo. No vuelvas a decir cielo. Olvida que ha habido estrellas, deséchalas como si fueran muletas. Prosigue solo e inseguro. Deja de cortar frases de papel. Desbórdate o calla. Tala los árboles de la afectación, no son más que antiguos preceptos disfrazados. No te rindas, el hálito del mundo volverá a atraparte y a conducirte. No pidas nada y nada te será dado. Desnudo, sentirás los dolores del gusano, no los del amo. Salta por los huecos de la clemencia, desciende a mil pies. Abajo, en lo más hondo, sopla el aliento del mundo.

Para poder callar lo más nimio, ella ha de hablar lo indecible.

Ella le teme como a Dios. El abomina de ella como de sí mismo.

En cada una de las relaciones de su vida debe luchar por un mínimo grado de indiferencia. Tanto ama a sus semejantes que sus pensamientos se le ocurren antes que a ellos. El peligro que entrañan sus acciones le atormenta antes de que ellos mismos intuyan lo que van a hacer. Ve los pasos que darán en los próximos días y semanas. Se precipita meses antes en su lugar. Se odia por lo que pronto harán. Sus propósitos, aún desconocidos para ellos, le persiguen hasta en sueños. No puede decirse que habite en sus seres, resultaría demasiado confortable. El es sus seres, pero más de lo que lo son ellos.

El progreso del mundo depende de que se mantengan con vida más animales. Pero los más importantes son los que no se utilizan para fines prácticos.

Cada especie animal que se extingue vuelve menos probable nuestra subsistencia. Sólo ante sus formas y voces podremos seguir siendo humanos. Nuestras metamorfosis se desgastan si se extingue su origen.

Yo: la palabra *tajante*.

Jamás llegaré a desentrañar el misterio de las palabras, del vínculo que une a las lenguas, ni sabré cómo se vivifican mutuamente las palabras de las diversas lenguas.

¡Que pueda yo decir Gilgamesh, Uruk, Enkidu e Ishulanu! ¿Acaso siento afecto por los dioses porque aún perviven tantos de sus nombres? ¿Amo la Biblia por todas las lenguas en las que existe? ¿Digo Pentecostés por recordar el don de lenguas? ¿No son los predicadores más excelsos los niños de los Cévennes?

El cúmulo de todo cuando puede saberse de una persona es de por sí relevante y ejerce una atracción irresistible. De ahí que uno permanezca tanto más abierto a todo lo que le concierne. Nunca es bastante.

El ejemplo más reciente son los *Diarios* de Thomas Mann, cuya misma trivialidad consigue que gane adeptos. Podrían publicarse otra docena de volúmenes, y cada uno de ellos sería leído con fruición.

Resulta casi imposible conocer a una persona hasta el punto de poder respetarla siempre. La mayor parte de las veces se la conoce demasiado poco, y a menudo demasiado bien. Quien fuese capaz de llegar en su conocimiento de los demás hasta el punto adecuado y lograra detenerse allí, encontraría un apoyo en ellos.

La fortuna de los expulsados es aquel lugar mejor del cual proceden. Para ellos será siempre mejor. Su desgracia comienza cuando regresan a él y lo encuentran tal y como lo perdieron, traicionando así el brillo de sus recuerdos.

Nada de lo que reprime hace mejor al hombre. La única vía hacia el cambio pasa por las metamorfosis que concibe para sus maldades. Pero estas metamorfosis han de ser acertadas y sorprender, de lo contrario incitarán a nuevas maldades. A menudo una de ellas sustituye a otra, y el juego prosigue imperceptible y plácidamente.

Los amigos son personas a las que contamos noticias fabulosas sobre nosotros sin que importe lo más mínimo que jamás lleguen a ser ciertas.

Alguien a quien sólo se conoce al despuntar el día.

Palpar el cielo.

Un tigre incapaz de ver más sangre.

Mientras exista la muerte, no hay lugar para la humildad.

¿Qué es lo que persigue? La *máxima ambigüedad*.

Un dios tan diminuto que se desliza en cualquier criatura.

Toda historiografía que no esté cuajada de nombres te aburre. Porque es la misma historia de siempre, lo único nuevo son los nombres. Pero gracias a los nombres la historia también se renueva. Son ellos los que la transforman de un modo misterioso, y uno se siente tentado de preguntarse si no se desarrollará exclusivamente en el ámbito de los nombres.

Alguien que no haya dicho en toda su vida una mala palabra sobre nadie. ¡Qué no se habrá hecho a sí mismo!

Otros tal vez tengan su ángel de la guarda, pero él tiene *un ave de la guarda*.

"Sed parcios. No cantéis en la vida ni os lamentéis en la muerte" (Mo-Tse). También eso es chino. ¿Es que hay algo que no sea chino?

El recato de la frente, como si detrás durmiera la historia de todos los hombres.

Un *color* capaz de destruir a una persona.

Si hubiera aprovechado el tiempo, no habría llegado a nada.

La historia de China está cuajada de rebeldes *sebosos*.

Siempre que le asaltan los adjetivos, se vuelve ridículo. Albergan sus sentimientos.

¡Cuán despreciable es el hombre cuando ya no le teme a nada! El dilema clave de toda utopía. ¡Es tan angosto el camino que separa el miedo excesivo del demasiado exiguo!

Lo que más le enaltece es la fuerza del descubrimiento. Lo que para otros es lucha, para él es descubrimiento.

Pero es posible que esté inventando todo lo que cree descubrir, y que, como buen hombre de nuestra época, reivindique para ello la ilusión del descubrimiento.

He leído la historia de la campaña de Napoleón contra Rusia en las *Mémoires d'Outre-Tombe* de Chateaubriand.

Cierta vergüenza ajena. Chateaubriand no estuvo allí. Da la impresión de que quiere apropiarse de las víctimas.

La desgracia de la moral: pretender saberlo todo y, por ello, no *enterarse* de nada.

Cuando está muy desesperado tiene que consolar a alguien, y de pronto siente un gran consuelo.

Leer mientras se oye el tictac del reloj, lectura responsable.

Leer con todos los relojes parados, lectura feliz.

'Eraritjaritjaka' — una expresión poética arcaica en lengua aranda, significa "rebosante de deseo por algo que se ha perdido".

Las profecías que se cumplen son las que más desconfianza le inspiran.

Esa penosa compulsión que lleva a ver en todos los mitos *el mismo, el único*: nada más insensato, nada que me repela más. Porque la diversidad de los mitos, y sólo ella, constituye nuestra frágil fortuna y nuestra esperanza.

Pones, en lo más hondo de ti, tantos reparos a los grandes hombres. ¿Acaso te gustan más los pequeños? Algunos sí.

Quisiera llegar a ser tan viejo que la idea de todo lo que no he vivido dejase de torturarme.

"Los ebe de Togo tienen unos macacos tan bien adiestrados y listos que los utilizan como vendedores; les cuelgan del cuello una calabaza vacía con manojos de hojas de tabaco a cinco peniques la pieza y los envían con ella al mercado. Si algún comprador coge un manojito sin colocar el dinero en el cuenco, *el mono lo persigue hasta que le paga*"

Diedrich Westermann, Die Kapelle

Contener el sentido, nada tan antinatural como tener que revelar siempre el sentido. La ventaja y la auténtica fuerza de los mitos: que en ellos no se nombra el sentido.

Porfía de Dios: debe mantener alejado al hombre.

VI

Susceptibilidad que no admite burla alguna. *Rousseau* como antítesis de lo luciánico en la literatura. Rousseau no muerde. Sus frases no se conciben como útil de despiece. Todo tiende a mejorar, de puro enfermo todo aspira a la salud. Lo bueno no es algo desconocido, ya estuvo ahí antes y ha de ser restaurado. Lo bueno tiene una opinión inquebrantable de sí y desconfía de los poderosos, a quienes también desdeña. En Voltaire, Rousseau se topa con el lucianismo, que ejerce una especie de poder absoluto sobre la idiosincrasia del francés del siglo XVIII. Se persigue sin tregua a Rousseau —en cuanto los demás advierten que la bondad constituye su natural y suprema instancia—, una muta de enemigos lo acosa —de eso no cabe duda—, y su manía persecutoria está justificada. Que no siempre sepa distinguir con precisión de quién procede el último ataque no debe sorprendernos. Son demasiados, se suceden demasiado deprisa, e instintivamente él hace lo correcto para conjurar su paranoia: cambia a menudo de residencia.

En su confusión, el hombre que se había aprestado a destruirlo todo vuelve a resultar conmovedor.

Quizá en el último momento renuncie a hacerlo.
¿Por cuánto tiempo?

Hay en la Biblia frases que regresan a uno tras muchos rodeos y liberadas de toda religiosidad. Alguien particularmente versado en tales frases, y muy consciente de ello, era Goethe.

Echa a perder todas sus amistades al despojarse de cualquier exigencia.

Dejadle murmurar, se está aplaudiendo.

Hay algo en los animales que le calma, concretamente en todos los que le incitan a callar.

Atiende al universo en pos de últimos pensamientos.

Charlatanes de la destrucción, y en una lengua en la que existe la palabra "destrucción".

Volviendo a Sófocles: *Las Traquinias*

Yole, la causante, en último término, de la desgracia de Heracles y Deyanira, es muda. Aparece, llama la atención de Deyanira, pero jamás pronuncia una palabra. Desaparece en la casa y ya no vuelve a aparecer. Este personaje vacío de palabras es lo que realmente me conmueve de esta obra. Todo ocurre en torno a ella. Primero no tiene nombre, es negado. Deyanira se siente atraída por ella; pero luego se descubre que su nombre, como su historia, han sido proclamados públicamente en el mercado, y que sólo a ella se le ocultaban.

Heracles la ama tanto que, en medio de sus ardores, formula un último deseo, que Hilo, su hijo, se case con ella.

Filoctetes

Juego de simulaciones. Regresión hacia la verdad: Neoptólemo. Isla rocosa, el solitario Filoctetes. Sus dolores. Su ataque. Luego el sueño. Lo valioso en él es su arco, legado por Heracles en agradecimiento por la muerte de fuego que le salvó de los mismos dolores ocasionados por el veneno.

Una obra sin mujeres. No se menciona en ella a ninguna mujer. La cobardía de Odiseo: huye ante la amenaza del arco que sujeta Neoptólemo.

Extrañamente *solitaria* esta obra sobre Filoctetes. No hay masa que aceche, los que luchan por Troya están lejos, al otro lado del mar. Todo se desarrolla en las cercanías de la doble cueva.

Los sufrimientos de Filoctetes prolongados durante más de diez años, siempre renovados, cada nuevo ataque interrumpido por el sueño (en contraste con el rápido y devastador sufrimiento de Heracles).

La *tenacidad* de Filoctetes es una tenacidad debida al dolor. Habitarse a él, a su morada, resulta más eficaz que habituarse a la vejez.

El final, la aparición de Heracles (a fin de cuentas, el auténtico propietario del arco, del que todo depende), resulta, al igual que en Eurípides, una solución difícilmente aceptable para nosotros, un tanto operística y del gusto de todos.

Electra

Primer reconocimiento en la tumba, donde la hermana menor, Crisotémis, encuentra un mechón de pelo de Orestes. Pero Electra no le cree, dominada por la impresión que le causara el terrible relato de la carrera de carros en la que Orestes sufre su caída. Electra está sumida en la desesperación y segura de su muerte, y luego él aparece y se da a conocer: retorno del muerto.

Esta escena del reconocimiento alcanza su punto culminante con la urna que contiene sus supuestas cenizas, y que un Orestes no reconocido sostiene en sus manos. Electra quiere esas cenizas, Orestes se resiste débilmente, durante el forcejeo su resistencia se quiebra y se da a conocer.

Este reconocimiento del que sostiene en sus manos "sus propias cenizas" es un gran acierto dramático, pero tiene algo de sacrílego: el sacrilegio del escritor dispuesto a sacrificarlo todo a las consecuencias de su ocurrencia.

Electra contiene todas las relaciones imaginables con la muerte, incluso ésta, la del retorno.

El enfrentamiento con Clitemnestra es despiadado, de una fuerza desgarradora. La madre asesina, alarmada por un sueño, quiere hacer un sacrificio junto a la tumba del asesinado, la misma tumba ante la que poco antes aparece el vengador, su hijo, en busca de las fuerzas que requiere su venganza.

Muy primitivo el derecho a la venganza. El asesinato y la muerte están separados, proscrito el primero, sancionada la otra como fin último de la vida del guerrero y del héroe.

Electra vive como una mendiga en la casa del padre asesinado. Hace diez años que sólo piensa en vengarse. Los sentimientos que se enconan tras años de sufrimientos son un recurso dramático muy del gusto de Sófocles (el dolor de Filoctetes, Edipo el ciego).

Electra espera diez años a que crezca el hermano al que ha salvado. Clitemnestra y Egisto viven temiendo su venganza.

Es la muerte más antigua, inquebrantable en todas sus tradiciones, la que impregna este drama. Por ello no cabe prescindir de la escena entre la asesina y la vengadora.

La parálisis de Electra ante la noticia de la muerte de su hermano resume en sí todas las noticias sobre la muerte de un allegado. Su efecto se ve reforzado por esos diez años de espera. Electra, destrozada, asume el papel de vengadora, pues ya no hay hermano a quién encomendárselo.

El personaje de Electra resulta, así, imponente porque nada cambia ni cambiará jamás en ella.

Esa muerte concreta, el asesinato del padre, está siempre presente en sus ideas y en su corazón, sin que nada pueda aquietarla, nada distraerla. Aunque se trate de una venganza —algo que hoy nos resulta molesto—, sigue siendo la venganza de esa muerte, que no hay que confundir con ninguna otra. Nunca se aceptará, nunca se calmará el dolor que produce. La fidelidad al muerto es la auténtica fidelidad, no hay ninguna otra que pueda comparársele. Los dioses tienen poco que ver con esto, como no sea de un modo formal. Todo se desarrolla en el interior de Electra. Es fuerte e inalterable, pero lo es gracias a esta muerte, y ningún otro acontecimiento habría tenido el mismo efecto. Es una muerte temprana, y es un asesinato.

Entre las dos hermanas se plantea un problema de poder. Si el débil se somete a él o no. En el caso de Electra no se plantea esta disyuntiva, puesto que el poder al que habría de someterse es precisamente el délos asesinos.

Electra permanece fuera mientras Orestes asesina a su madre en la casa. Es como si la propia Electra le asestase el golpe. Egisto debe preceder a Orestes hasta el lugar en que cometió el crimen contra

Agamenón. Allí será asesinado. Luego todo acaba, en tres líneas, con una única frase.

(1986)

Edipo en Colono

Es la tragedia que más me conmueve, tal vez porque Edipo determina él mismo el lugar donde se erigirá su tumba. La maldición contra su hijo, Polinices. La tierna conversación entre Antígona y su hermano, *después* de que el padre lo maldice.

En todas las tragedias griegas habría que determinar el emplazamiento de la *tumba*.

En *Edipo en Colono* constituye una bendición, aunque no se determina claramente. El único testigo de la muerte y de la tumba es Teseo.

La protección que éste garantiza es como la de un dios. Este segundo Edipo, escrito en plena decadencia de Atenas, supone una glorificación de la ciudad en su peor momento, hecha por Sófocles, que conoció sus años de esplendor, que fue amigo de Pericles y luchó a su lado.

El primer Edipo surgió bajo la impresión de la peste, el segundo, bajo la amenaza del declive.

En la tragedia de Colono, Edipo protagoniza encuentros con extraños o enemigos. Sólo Teseo le es favorable y tiene el poder de un dios. Los demás vienen a buscarle para asegurarse de que el cadáver y su tumba son reales. Arranca a Creonte la falsa máscara del rostro y maldice a su hijo Polinices. En ese momento, tras escuchar la maldición paterna, éste sabe ya que la batalla que se dispone a librar está perdida. Parte hacia la guerra sabiéndolo y a pesar de los encarecidos ruegos de su hermana Antígona. No puede echarse atrás, tal es también la experiencia de muchos atenienses en *su* guerra, esa guerra que, a pesar de todo, continuaron librando.

La tragedia griega, que no admite distracción alguna. La muerte —del individuo— conserva aún todo su peso. El asesinato, el suicidio, el enterramiento y la tumba, todo está aquí presente de un modo ejemplar, desnudo y descarnado; también el lamento (castrado entre nosotros); también el dolor de los culpables.

Cuánto ha cambiado en nuestra época el entorno de la muerte. Su carácter masivo ya no constituye la excepción, todo desemboca en él. En ese apresuramiento que conduce a él, la muerte del individuo pierde importancia. Tantas personas más... ¿han de morir aún individualmente? Cuando ya no se les permita hacerlo, se habrá alcanzado un punto desde el que no habrá retorno.

Necesita inmortales chinos para enmendar a los nuestros.

Lo que el pueblo de Shakespeare entiende hoy por *gloom*.

No cogía ningún libro sin besarlo en la frente.

Arthur Waley: el orgullo del sistema de castas inglés se había convertido en él en orgullo por su erudición. Fingía considerarla natural, como si fuese algo innato. Las personas con las que trataba debían entenderle, incluso lo más remoto lo comunicaba sin más preámbulo. De pronto lo había dicho. Pero luego callaba y se obstinaba en mantener un silencio ofensivo. ¡De qué no lo creía capaz a uno! ¡Y cómo de pronto uno se volvía invisible a sus ojos! Así, sin malicia, se resarcía de toda la arrogancia que había padecido. No pertenecía exactamente al grupo de Bloomsbury, aunque convivía con ellos. Fue acogido por los Sitwell, a los que cabría definir como la quintaesencia misma de lo inglés. Les nombraba a menudo, pero sobre todo a Edith Sitwell, como quien nombra a algún miembro destacado de su familia. Ellos a su vez le profesaban la admiración que merecía.

Abundaba en juicios propios y los expresaba de un modo tajante; le habría resultado insoportable pensar lo mismo que otros. Era más versado en la literatura universal, y no sólo en la oriental, que cualquiera de las personas que traté en Inglaterra. Gracias a él se han incorporado a aquella muchos aspectos de China y de Japón, y lo que antes de él no eran para Occidente más que nombres está hoy al alcance de cualquiera.

Vivió 77 años y nunca estuvo en China.

Un jardín, ¡qué jardín aquél al que jamás se accediese por el mismo lugar!

En la vejez *se comentan* los grandes libros. Son los mismos que de jóvenes quisimos romper en pedazos. Como no lo logramos, lo intentamos de nuevo. Luego los dejamos a un lado. Los olvidamos. Y ahora vuelven a surgir. Los años de olvido nos han hecho merecedores de ellos. Contemplamos sus excelencias. Les hablamos. Ahora, pensamos, habría que comenzar una nueva vida para poder entender uno solo.

Un espíritu que florece a cada tanto en sus olvidos.

Los que florecen eternamente, como Schopenhauer: en ellos no se olvidó *nada*.

Si Timón no hubiera sido rico ¿qué sería?

No sería nada si aún lo fuera.

"Es signo de pocas entendederas que un hombre tenga muchos amigos."

Darani

"El justo cambia de parecer cuarenta veces al día, mientras el hipócrita permanece cuarenta años en el mismo estado."

Cabeza de chorlito al correr. Cuán bellas las piernas solas.

Personas que se vuelven malas y odiosas con el sol.

Personas a quienes el frío y la oscuridad sientan bien.

Sólo le habla a utilidades.

¡A cuántos colmó Nietzsche de ansia de peligros! Luego llegaron los peligros, y ellos sucumbieron *penosamente*.

Quizá la satisfacción más pura de mi vida: el reconocimiento de Musil.

Alguien a quien *duelen* los nombres, no sólo los de los coetáneos.

El desprecio por alguien que no desea nada, o que no desea lo que todos desean sin cesar.

"Nobody running at full speed has either a head or a heart."

Yeats

"La vida no es importante. Todos tus esclavos viven, todos los animales."

Séneca, ilamentable!

Anotar bajo fechas anteriores, como si el pasado se dejase influenciar.

No retira nada. Su orgullo por esa nada.

VII

"La vida es tan deliciosa que jamás me atrevería a imaginar algo más hermoso que la vida."

Jules Renard

Estaba ahí sentado, hablando. Llevaba varias horas sentado, hablando de su gloria. No tenía otra intención, la gloria se bastaba a sí misma, su nombre era uno de esos que llevan cientos de miles.

Se pone las ropas del elogio para camuflarse.

Los animales de compañía, más importantes que el dinero.

"Para el diez por ciento de los ingleses encuestados los animales resultaban más importantes para la felicidad personal que el cónyuge. Para el veinte por ciento de los encuestados, los animales eran más importantes que los hijos, y más de una tercera parte consideraba que lo eran más que su trabajo. *¡Casi la mitad de todos los encuestados consideraban que los animales de compañía son más importantes que el dinero,* y el noventa y cuatro por ciento prefería entretenerse con ellos que ver la televisión!"

"Sentimental", ¡qué palabra! Yo *tengo* sentimientos y no pienso avergonzarme de ellos. No quiero reprimirlos, *quiero* tenerlos. Son muchos y se contradicen, no debemos intentar reducirlos a un denominador común. Cuando estallan con excesiva violencia, uno puede sosegarlos consignándolos.

Pero es cierto que Rousseau, por ejemplo, me ha resultado en ocasiones insoportable precisamente por su sentimentalismo. Pero ello se debe a que el hombre que muestra sus innumerables sentimientos no agrada a nadie. Son excesivamente físicos y pretenden ser desinteresados.

Pero, si pensamos en el efecto que tuvo sobre los sentimientos de los demás, se nos antoja inconmensurable, y casi deja de importarnos el efecto que los suyos tuvieron en él.

Hay personas que poseen cualidades *sencillas* por las que uno estaría dispuesto a vender su alma.

¡Es tan bello cuando se arrepiente! Pero, ¿a quién le sirve? Al espectador.

Se figura que es un ladrón que roba al mundo. Jamás volverá a conocer tantas cosas y tan hermosas.

Depreciación mediante la repetición. ¿Estímulo mediante la repetición?

La experiencia más importante después de Büchner fue William Blake, en Inglaterra.

El primer hallazgo de la infancia fue Swift, también allí.

Inglaterra se encuentra para mí entre Swift y Blake.

En ti no se añaden lugares nuevos. Pero icómo se *fortalecen* los viejos! Se incrustan literalmente en la Tierra y envían a buscarte, te arrastran, gritan, te llaman, y es muy probable que un día lleguen a *desintegrarte*.

En su *Diario*, Jules Renard me ha devuelto algo que había perdido hace tiempo: la inocencia de los franceses.

Hay algo que sigue siendo asombroso en los judíos: los demoledores insultos que les dedican los profetas. ¡Un pueblo capaz de incorporar semejantes insultos a sus cánones religiosos!

Pero no estoy harto de nada.

La vida aún me contiene. No digo ¡por fin! No me rindo. Resulta humillante morir y no saber si en cien años habrá algún hombre vivo.

Antes era más fácil morir, con la perspectiva segura del infierno. *Esta* perspectiva de que no quede un solo hombre en un periodo de tiempo abarcable es lo más terrible que ha habido nunca.

Nada, nada, nada, y, sin embargo, lo lamento por todo, sobre todo por esos magníficos mitos e historias. Que ellos, lo mejor que tenemos, deban desaparecer por nuestra causa me indigna hasta volverme loco de rabia.

¿A quién podríamos confiárselos? ¿Quién podría conservarlos durante el invierno? ¿Quién repetirlos a cada tanto para que no se diluyan en el olvido?

No permitas que nadie te prescriba el *tono* de la esperanza.

"...porque lleno estoy de palabras, y me apremia el espíritu dentro de mí."

Job, 32, 18

Jeremías, el que vio las huellas de los niños, se tiró al suelo y las besó.

¿Hoy?

Esa obstinada resistencia ante la Biblia que me mantuvo alejado de ella durante decenios se debe a que nunca quise ceder a mi origen. Dondequiera que la abriese, me resultaba familiar. Sobre todo cuando

daba con algún pasaje que no conocía. Esta familiaridad *interior* me llenó de desconfianza. No quería llevar una vida espiritual determinada de antemano, no deseaba una vida espiritual *prescrita*. Quería dejarme sorprender y avasallar una y otra vez, y así llegar a convertirme en amigo y conocedor de todo lo humano. No podía aceptar sin más la primacía de lo bíblico, que durante tanto tiempo ha marcado al mundo. Debía hacerme con un número suficiente de contrapesos antes de entregarme a la Biblia.

Creo que ahora ha llegado el momento, y que puedo ceder a la Biblia sin pudor y sin vanidad. Ahora deseo conocerla en sus aspectos más recónditos y no permitiré que se me escape nada. Quiero comprenderla y oponerla a los mitos de todos los pueblos que ahora me embargan. Me expondré a su sabiduría como si no la llevara ya en mí. Quiero *rendir* la Biblia y, así, vivirla.

Su memoria declinó y se hizo escritor. Desde que debía buscarlos, sus impresiones y recuerdos se le volvieron ajenos e inesperados. En la oscuridad cobraban color. Debía estirarse mucho para alcanzarlos. No aparecían de inmediato. Se volvían más insistentes al desfallecer, más sueltos al sumirse en el sueño. Cuando despertaban, se habían sumergido en una luz peligrosa que él jamás reconocía. Tuvo que decirse que no se había conocido a sí mismo hasta la vejez, y —muy tarde— experimentó la *sed* del asombro. Entonces, ¿qué asombro había sido aquél, tan familiar, de antaño? Se convirtió en un borrachín del terror y finalmente se puso a prueba hasta que saltaron chispas.

Se siente incómodo cuando alguien toma sus pensamientos *al pie de la letra*.

Separar las frases, mantenerlas separadas, si no se vuelven color.

Su veracidad radica en la exageración. Cuando no exagera, miente.

Humildad, tardía placenta.

La muerte de los aforismos es su similitud, su forma intercambiable. Marchitos ya antes del primer aliento. Lo opuesto: la exhalación de Joubert.

Lo que menos eres es aquél a quien ensalzas. Y por eso lo haces, porque *querrías* ser como él.

Dos formas de autorretrato: mediante el recuerdo o mediante ocurrencias. Ambas son legítimas. Pero, ¿se refieren a la misma persona?

Corredor de fondo: no soporta ninguna sombra sobre su sombra.

Una vida a partir de *una única* carta.

¿Puedes perdonarle su soledad al que por ella destruye el mundo?

Furtivo calienta el rescoldo de lo olvidado.

"Los que han conservado su propio talante se sienten encantados con el de los demás, aunque sea contrario al suyo."

Joubert

Ese tiene dos lenguas: con una muy grandilocuente alaba a unos pocos dignos de ser alabados, los saquea, los adula, siempre del modo más digno, y es como si su idioma descendiese directamente de un cielo superior y no incluyese palabras terrenales. En la otra lengua habla de los mismos pero como si fuesen tan ruines como él y sólo hubieran cometido infamias. Se complace viendo cómo los ha tratado la vida, los sumerge y los baña en envidia y asco. Pero eso jamás lo escribe, únicamente escribe en la otra lengua, la del elogio.

¿Qué es el recuerdo?

Uno hace lo que ha sido.

Esto suena como si uno fuese libre de hacerlo. Pero no es así, ya que no inventa nada. Avanza un par de pasos creyendo que es uno quien los determina libremente, pero en cuanto los ha dado, nota que estaban prefijados.

Sólo lo que ha pasado por el recuerdo se deja reconocer.

Lo triste del recuerdo: lo que ha consumido.

Lo alegre del recuerdo: el excedente.

El arte del recuerdo radica en su *regulación*.

Lo que se deja a un lado, lo que se elude.

Lo raro y lo acumulado.

Lo que se sitúa en primera línea: figuras deformadas que deben rectificarse. ¿A qué se debe que queramos conservar con vida ciertas cosas y no otras?

Lo diluido quiere redondearse en el habla. De una única palabra deben surgir de nuevo todas las frases. Relaciones percibidas por primera vez. La indignidad de una yuxtaposición amorfa. Lo que hemos hecho a los demás les devuelve la vida. Cada cual es deudor como de muchas existencias, aunque sólo haya vivido ésta.

Cada persona sabe más de lo que podría relatarse en una nueva y larga vida.

¿Qué es lo que determina la selección? Un único color del sentimiento: de agradecimiento o amargura, de odio o de nostalgia.

En otra lengua recordaríamos de otro modo. Habría que examinar esto con más detenimiento y, ¿acaso no eres tú el más indicado para hacerlo?

Elogio de la vejez

Alcanzar la edad que se desea, no porque haya una edad ideal, sino porque es preciso desechar la idea de que hay una edad preferible para todos.

Nunca lo he considerado así. Yo quería experiencias, conocer a mucha gente, tiempo para ese conocimiento de forma que pudiera volver una y otra vez sobre ellos, tras largos periodos en los que, quizá, desaparecieran de mi vida. Es una idea maravillosa esa de poder conocer a la misma persona diez o doce veces, encontrarse con ella tantas veces como si no se la conociera, pero sin haber perdido su recuerdo, y compararla *con ella misma*, no sólo con otras. Y es que no basta con la solera que cobra en nosotros una persona a lo largo de los años en que hemos sabido de ella. Se oxida, y esto es algo que no deberíamos desear a nadie. Pero también existe la posibilidad de que el individuo se amalgame dentro de uno convirtiéndose en ese ser múltiple que de cualquier modo es, y para ello se requieren nuevos encuentros tras largas pausas. Esto supondría, en otras palabras, que uno jamás se acostumbre a una persona. Que uno se asombre ante ella como si no se le hubiera mostrado tal cual es, como si no le hubiera hecho nada, como si no le hubiera hecho feliz. En ese caso, las expectativas con que abordamos a cada nuevo conocido surgirían igualmente ante los que conocemos desde hace décadas.

Este proceso de multiplicación del individuo exige una vida larga. Puede que ser viejo tenga muchos inconvenientes. Pero tiene ventajas incomparablemente mayores.

Ahí está, por ejemplo, la osadía del recuerdo. Podemos entregarnos a él sin caer en la autoidolatría. Hay una infinita riqueza de cosas que merecería la pena investigar. Inagotable es el mundo que el hombre ha acogido en sí, fantásticas las formas que han adoptado en su interior las cosas. Incluso las deformaciones tienen su verdad si se perciben con la claridad necesaria.

Otra utilidad para la que no rehúyo esta fría palabra sería el examen de los principios morales que nos inculcaron desde niños y por los que, en términos generales, se rige nuestra vida. ¿Son acertados? ¿No son, tal vez, lo bastante sutiles? ¿Requieren alguna corrección? ¿Cómo saberlo sin ponerlos a prueba durante largos periodos y sin analizar esa experiencia?

Incluso el inconveniente más terrible de una larga vida, lo que resultaría tan atroz que a veces nos sentiríamos tentados de ponerle fin sólo por tal motivo, el hecho de haber sobrevivido a tantos otros, no siempre es tan desconsolador como se piensa. Porque podemos devolver la vida a los que han muerto antes que nosotros recreándolos. Y esto no es una cuestión de elección, sino una deuda imperiosa, y sólo el que evoque a los muertos tal y como fueron realmente, sin merma ni gloria, estará a salvo del destino que aguarda a los que se *ceban* en aquellos a quienes han sobrevivido.

La vejez sólo es restricción para quien no la merece. Uno la merece no retirándose del mundo, o haciéndolo sólo para aspirar a

una forma más estricta y exigente de logro. Este presupone una nueva vida para todos los que han fracasado, pero también para los que dan la sensación de que no fracasarán. Quiero llamarlo la cara bifronte, la cara de Jano de la vejez: una se vuelve hacia el vencido, y la otra hacia aquellos que aún no fueron derrotados, o que tal vez no podrían serlo nunca.

De nuevo sobre la vejez

Le brinda a uno la oportunidad de reparar ciertas cosas. La situación cada vez más peligrosa en que se encuentra el mundo, ¿de qué modo afecta a la vejez?

Todo lo vano. Precaución e indulgencia.

¿Qué efectos tiene la edad sobre las palabras?

Se nos vuelven extrañas, como si supieran que ya no serán pronunciadas incontables veces.

Lo arrollador de las nuevas amistades: el esfuerzo que hacen, la energía que han de desplegar para subsistir frente a las viejas amistades.

Todo resulta más valioso, quizá porque es contado. Maravillosa futilidad del aprendizaje sin un propósito, puro y simple aprender. Lo que se aprende ya no sirve para expandirse. Uno se acerca a las lenguas porque ya no las hablará, tiene ciertas ideas sólo porque resulta improbable que se repitan.

Lo útil pierde sentido. Las cosas sólo significan lo que son.

Dos tendencias, que sólo se contradicen aparentemente, caracterizan a nuestra época: el culto a la juventud y la *extinción* de la experiencia.

También hay quienes juegan la baza de la futilidad de la vida y extraen de ello una insaciable arrogancia. Personas para las que los demás sólo pueden ser objeto de insultos, al tiempo que defienden con uñas y dientes el menor resto de sus propios derechos. Uno se pregunta qué será de ellos cuando sean viejos: quizá se compren un cementerio.

Contra el culto a la juventud no habría nada que objetar, mientras no sea la propia juventud la que se venere a sí misma.

La descripción de la extinción de la experiencia, realizada con éxito por más de uno, me parece agotada. Sólo queda, pues, *un único* reproche original: la descripción de su detención, de su consciente transformación en lo opuesto.

En favor de la vejez podría decirse que incrementa el valor de la vida.

El que ha luchado por ella contra una enfermedad, el que ha vuelto a la vida paso a paso, dolor a dolor, sólo ése conoce realmente su valor. Siento el mayor respeto por quienes se han ganado a pulso la propia vida.

Sería deseable, y muy beneficioso para el mundo, que a todos se les concediese esta oportunidad de manera oficial, como quien dice. En lugar de eso nos encontramos con los pueriles, continuos y mil

veces repetidos ejercicios de salud de los que de cualquier modo están sanos.

El principal inconveniente de la vejez, y tan importante que casi superaría todas las ventajas, es que uno apenas piensa ya en los demás.

Pero contra eso hay una medicina: ser imprescindible. Lo que uno sabe que nadie sabe, lo que uno dice y nadie más puede decir. Debe ser tanto que los demás lleguen a sentirlo, quieran tenerlo y no lo dejen a uno en paz. Su deseo ha de ser un reto que lo fuerce a uno a reaccionar, y así, al transmitirlo, se referirá de nuevo a los demás.

Por ello es recomendable no dejar en paz a los viejos, de un modo sabio y que resulte eficaz, pero sin descanso.

Más difícil es remediar la pretensión de tener siempre razón: lo mejor es evitarla. Un desafío frontal sería en este caso infructuoso; es imposible concebir una forma de lucha más estéril.

Tal vez resulte ridículo que un viejo diga para qué sirven los viejos y para qué no, pero lo que estoy diciendo no es de hoy, se trata de una experiencia de muchos años: los viejos siempre me han fascinado, incluso en la adolescencia. De niño solía correr tras ellos, asombrado, y me habría gustado aferrarme de los faldones de los que tenían mucho que contar y no soltarles jamás. Los que eran demasiado perezosos para contar algo me dejaban estupefacto, esos eran los falsos viejos, los que sólo se hacían pasar por viejos sin serlo.

Nada me habría gustado más que ser un auténtico viejo y, así como otros desean hacerse ricos y no piensan en otra cosa hasta que lo consiguen, mi deseo más ferviente era llegar a ser viejo.

"...et je ne-puis approuver que ceux qui cherchent en gémissant."

Pascal

"Tout ce qui est incomprehensible ne laisse pas d'être."

Pascal

¿En qué hubiera acabado convirtiéndose Isaac Babel? ¿Después de todo aquel miedo, tras la habilidad demostrada en la huida?

De las personas sojuzgadas no se tienen juicios.

En el fondo, su libertad radica únicamente en que no acepta órdenes ni se somete a nadie. Pero, ¿no es esa acaso la libertad de los poderosos? No, éstos dan órdenes y consideran subordinados a todos los demás.

Su respiración es demasiado larga, le sobra una exhalación, y ésta la siente como su alma.

Escupe a todo el mundo. También a sí mismo. Y a eso lo llama su verdad.

Nadie toleraría la vida sin vidas prestadas, la propia no basta.

Lo que uno cuenta de *sí mismo* en su diario es más cierto que todo el chismorreo de los demás, porque lo cuenta para que quede oculto por un tiempo, durante el cual *llega a ser* cierto.

Los demás dan rienda suelta a su parloteo, y en ese mismo instante se vuelve falso.

Le costará mucho separarse de Goethe. ¡Es tanto lo que de él se ha reservado! Va dejándolo para años venideros cada vez más lejanos.

"C'est un grand signe de médiocrité de louer toujours modérément."
Vauvenargues

Todo lo que ha anunciado le hace callar.

Tu alegato contra la muerte no es menos irreal que la inmortalidad de las almas esgrimida por las religiones. Es incluso más irreal, ya que desea conservarlo *todo*, no sólo un alma.

Una insaciabilidad casi inconcebible.

VIII

Las tribulaciones de Cervantes en una España reconcomida por la honra. Obra tardía, cumplidos ya los cincuenta, y los máximos honores mucho más tarde. De joven soldado y esclavo; durante cinco años lo más bajo, acrisolándose en ello, sin embargo; a los cuarenta recaudador de impuestos, tarea en la que fracasa; acosado por una familia como por piojos, sin sucumbir a ella —gracias a la escritura—, sin dejarse limitar tampoco en su obra, tan rico en experiencias que sus escritos jamás resultan sofocantes.

Entre lo "más grande" incluye ante todo las injusticias que ha cometido, si las *conoce*.

Escuchar durante horas a una persona con la firme intención de no atender a sus ruegos, oírla salir en defensa de su vida, uno mismo sereno, seguro, radiante, ¿acaso hay algo más abyecto?

Los filósofos que se enmarañan en su propia contemplación no le sirven de nada. Necesita filósofos que rocen dolorosamente puntos vitales suyos o de otros.

Aversión a la teoría evolucionista. Cada vez que me tropiezo con ella siento una especie de parálisis. Me resulta tan poco creíble como la teoría de una creación y, en cualquier caso, menos brillante.

Todo es remitido a enormes lapsos de tiempo, a intervalos que jamás seremos capaces de imaginar. Como resorte que garantiza la aptitud de nuevas formas se cita la supervivencia, de forma que la muerte en masa se convierte en algo útil. Para que surja algo nuevo ha de sucumbir una infinita cantidad de vida, una idea monstruosa que en realidad procede del ámbito del poder.

Que uno no pueda imaginarse a las personas mucho mayores de lo que han llegado a ser.

Así como hay retratos de juventud auténticos, habría que inventar retratos de vejez ficticios.

Los historiadores "fácticos", los que dan por perdido precisamente lo interesante de la historia: su invención.

El elogio vivifica el espíritu, que quisiera merecerlo *a posteriori*.

Los coetáneos Cervantes y Shakespeare: de uno sabemos tanto y del otro nada. ¿Qué sería de ellos si pudiéramos intercambiar saber e ignorancia de uno y otro?

"Un joven salvadoreño, por ejemplo, caminó siguiendo las vías del tren desde El Salvador hasta los Estados Unidos, porque habían matado a tiros a sus padres y a tres hermanas en la misma plaza del pueblo."

¿Puede tomarse a una sola persona tan en serio que llegue a sustituir a todas las demás?

¿Se la puede cargar con tanto amor y con tanta inocencia?

Los sonidos de las ballenas: en el fondo, me avergüenza escuchar esos pacíficos sonidos emitidos por criaturas que no pueden defenderse de nosotros. No sólo nos hemos apropiado, como hacemos con todo, de sus cuerpos, sino también de sus sentimientos, pero, en justo castigo, no podemos entenderlas. *Renuncio* a seguir adentrándome en ellas. Desisto. Mi compasión por ellas está envenenada. *Seguirán siendo botín.*

Encuentra los dolores que has *causado*, los padecidos se perpetúan sin tu colaboración.

Le tranquiliza pronunciar los nombres de los animales. Está orgulloso de sus nombres. "Ese aún existe. Todavía no lo hemos exterminado."

Se vuelve hacia todo lo que ya no volverá a ser. Encuentra una presencia inextinguible. La toca con el dedo, ella se ríe y se esfuma.

¿Lamentarse? Esperar. Esperar. Espera concluida.

La criatura paciente, el hombre. La criatura furibunda, el hombre. La criatura depredadora, depredada, el hombre.

La sabiduría del despertar. Tras el sueño, inmediatamente después, se piensa de otro modo. Fluctuante, menos grave, transparente, desinteresado, quedo.

Carlyle sobre sus sueños.

"¡Sueños! Mis sueños siempre son desagradables, un puro caos, pérdida de ropa y cosas por el estilo, nada hermoso. Los mismos sueños noche tras noche durante largos periodos. En mis sueños soy *peor* que despierto, cometo actos cobardes, sueño que me buscan por algún delito. Hace tiempo que llegué a la conclusión de que los sueños no significan nada para mí."

William Allingham, A Diary

Demasiado lleno, tres tomos de memorias no le han aliviado, desde entonces hay en él más pasado que antes. El pasado crece en todas

direcciones cuando se describe. ¿No debería ocurrir lo mismo con la historia? ¿O acaso es reductiva la historiografía, al contrario que el recuerdo conformado?

"El hombre debe arruinarse de nuevo", una frase de Goethe digna del más duro, del San Agustín de la predestinación. ¡Cuán fácilmente se forma esta frase en el espíritu de un hombre que cita de un tirón a Mozart y a Napoleón!

Es verdad que hay animales que se asemejan a los hombres en su estupidez. Pero uno no puede librarse de la sensación de que la estupidez de los animales no es tal y de que, en cualquier caso, es más inocente que la nuestra.

Los arreos de las palabras. Deberán dolerles ligeramente, pero de forma que todavía lo agradezcan.

Cómo llega uno a ser algo a fuerza de nombrarlo. Karl Kraus se llamó a sí mismo Swift durante tanto tiempo, año tras año, que al final lo fue en *Los últimos días de la humanidad*.

No debemos deshacernos de los prejuicios así como así. Que sólo mediante un esfuerzo, una obra, un acto, nos sea permitido liberarnos de un prejuicio.

Lo bueno de los apuntes es que no son premeditados. Son demasiado rápidos, apenas han tenido tiempo, la cabeza de la cual surgieron no llegó a preguntarse para qué podían servir.

Gente que se le acerca con un uniforme especial de lacayo hecho de palabras. Estaban de servicio y quieren seguir estándolo, pero buscan un amo de más alcurnia.

He contemplado la cabeza de un caballo en un cuadro de Munch, salvajismo y esclavitud reunidos, y por fin he descubierto por qué amo a los caballos tan *dolorosamente*.

He estado leyendo acerca de los saltos del niño-gacela en el oasis aquel, un niño capaz de saltar una distancia de cuatro metros, como las gacelas con las que vivía, y mientras lo leía me preguntaba, y aún me sigo preguntando: ¿será esto lo que he querido decir con *metamorfosis*?

Pensées contra la muerte.

La única posibilidad: deben seguir siendo fragmentos. No debes publicarlos tú mismo. No debes prepararlos para la imprenta. No debes *unificarlos*.

Todo lo malo que achacas a los demás con el pensamiento: ¿de dónde lo sacas?

¡Qué orgullosa se siente la gente cuando se le recuerda el carácter que alguna vez tuvo!

Los teóricos de sus propios éxitos me resultan mortalmente aburridos. Deben demostrar la validez de los éxitos.

Pero nada hay menos válido.

¿Cómo reconocer que alguien está acabado? ¿En la dentadura? ¿En la letra? ¿En la risa?

La mayor pérdida de Usama, un *caballero árabe de la época de las cruzadas*: su biblioteca de 4.000 volúmenes.

"¡Cuatro mil tomos, escritos valiosísimos! ¡Mientras viva, su pérdida seguirá siendo una herida en mi corazón."

Temor de los animales ante el león muerto, desollado:

"En una ocasión vi cómo traían una cabeza de león a una de nuestras casas. Al verla, los gatos huyeron de la casa y se arrojaron desde el tejado, aunque jamás habían visto un león. Cuando matábamos un león, lo desollábamos y arrojábamos el cadáver desde lo alto de la fortaleza al pie del bastión. Pero ni los perros ni los pájaros se le acercaban. Al avistar su carne, los cuervos se lanzaban en picado sobre ella. Pero en cuanto se acercaban alzaban de nuevo el vuelo, graznando!

Usama, Libro de la doctrina en ejemplos

"Ahora ella cuenta a sus muertos casi cada noche. Siempre se equivoca. Algunos se le olvidan: hay algunos más muertos que otros."

Jules Renard, Journal

De nada sirve decirse la verdad, siempre la verdad. La verdad que no se transforma en nada es horror y devastación.

El *tono* de los egipcios es más tuyo que ningún otro. *Animales* tan sagrados como la *escritura*. Juicio y balanza. El muerto desmembrado que regresa a la vida. El lamento fúnebre.

El lamento fúnebre que no le reprocha nada al muerto.

Recuperar lo que el muerto amó de uno. Renunciar a lo que odió, por él. Purificarse para el muerto. El muerto como instancia. Nada se le oculta.

Aprovechar el pasado como tiempo del muerto.

Alteza de los que alaban. Primero cierta temerosa inseguridad: ¿eres tú? Luego palmaditas en el hombro, elogio displicente, despedida en

ciernes. Como si te hubieran recogido del suelo, y contigo, a ellos mismos.

Le reprochan recomponer sus recuerdos. Pero si deben titubear, opinan, diluirse, nada debe reconocerse, todo lo que fue merecería haberse dispersado.

Cervantes y su retórica *vivida*. El es su propio caballero. Se mofa *de sí mismo*.

Su tozudez: la del esclavo que se aplica en su liberación.

Lo estable, lo inamovible de los personajes, tanto Don Quijote como Sancho Panza, y, sin embargo, su riqueza dentro de los límites más estrictos. ¡Cuán imprecisas y poco comprometidas, cuán blandas nos resultan, comparadas con ésta, las novelas posteriores!

Retórica en grado sumo, pero dentro de los límites de los personajes. Retórica caballeresca contra retórica refranera.

El pacífico glotón no siempre carece de razón.

Los discursos del hidalgo emocionan por su alternancia con los discursos del glotón.

Se le perdonan muchas cosas a causa de la mística palabra metamorfosis.

Tantas palabras rebosantes de significado —¡y tú te acobardas! ¿Acaso no basta con que las palabras se transmitan?

Un apunte debe ser lo bastante breve, si no, no es tal.

"Esos golpes de energía suben en forma de corrientes de magma ardiente desde el núcleo solar y, al hacerlo, liberan (de acuerdo con los cálculos) *un bramido como de olas que se rompen de un volumen inimaginable.*"

Nada me resulta tan insoportable como la *mecánica* del pensar. Por ello quiebro su avance a cada frase.

Prodigiosa y voluntaria reserva: Goethe.

Donde quiera que lo hojees te dice algo. ¿Cómo es posible? Pero sin duda sólo es posible cuando no se pretende elaborar con ello una doctrina.

Lo inalcanzable en los animales: cómo te ven *ellos*.

La aparente ecuanimidad con que se contempla la propia vida.

Para alcanzar la auténtica ecuanimidad habría que poder ser mucho más viejo, unos 300 ó 500 años.

Un centenario que desea eliminar al "superviviente de la faz de la tierra.

En Jacob Burckhardt resulta admirable que nunca piense *por encima* de sus posibilidades. Pero, ¡qué posibilidades!

Narrar en cataratas.

El rencor le vuelve más confiado.

Un poderoso que sueña cautelosamente con la impotencia.

El consecuente que está a favor de *cada* nación, incluso de las que sólo cuentan con dos portavoces.

Entra en otros como un hálito. Y ellos le dejan estar.

Pensador preposicional.

Es verdad que a uno se le olvidan muchas cosas. Pero ¡cuántas han crecido luego hasta llenar los "huecos"! Eso es lo interesante de una biografía.

De nuevo Pascal.

El que nunca irrita ni decepciona. Nada en él es prestado. Su contundencia deja siempre una puerta abierta. Aun cuando no se estuviera de acuerdo con ninguna de sus palabras, uno desea verlas y meditarlas una y otra vez. Ningún descubrimiento se interpone en su camino. En él, pensamiento y fe tienen la misma altura.

En sus *Pensées* le favorece que siempre se *interrumpe*. Cada cual es libre de ordenar los textos de otro modo. Lo mejor es dejarlos sin componer.

El punto de partida es su esencia, y la pureza de Pascal se expresa en cada arranque.

"La multiplicidad que no se funde en una unidad es confusión, la unidad que no depende de la multiplicidad es tiranía."

Imágenes no, no sólo imágenes. Aquí y allá una imagen. Pero tú has descuidado las imágenes. Seducido por las promesas, no has dedicado tiempo a las imágenes.

¿Se habrán extinguido, dormido, anulado?

IX

Puede añorar a ciertas personas casi como si hubieran muerto.
No del todo.

Lo malo no es *ser* algo, sino pasar por ello siempre.

¡Qué maravilla que todos resuciten! Pero, ¿es necesario juzgarlos de inmediato...?

Leonardo, a quien emocionaban los animales y la infamia del hombre que los oprime.

Ese continuo pensar, que no le vuelve malo.

"De los asnos que azotamos. ¡Oh!, naturaleza indiferente.. . y ellos se pasan toda la vida sirviendo a sus sojuzgadores.

De ovejas, vacas, cabras y similares. A miles de ellos les arrebatamos sus crías y los descuartizamos de la forma más bárbara."

Ha llegado el día en que tus palabras se atropellan.

¡Suelta las riendas! ¡Corre con ellas!

Ese interpreta la muerte.

Se dice: "Cuando una persona recuerda de pronto su anterior nacimiento y lo dice, morirá irremediablemente."

¿Y si lo calla?

Somadeva

Aprender de la historia que nada se puede aprender de ella.

La fuerza de los sueños, opina, está ligada al polimorfismo de los animales. Con su desaparición nos enfrentaríamos a la extinción de los sueños.

Me repugna la idea de que otros vayan a hurgar en mi vida. Bajo sus manos se convertirá en otra vida. Y yo quiero que sea como realmente fue.

Encontrar el medio de ocultar la propia vida y que sólo sea visible para quienes sean lo suficientemente inteligentes como para no deformarla.

Gilgamesh no es una lectura menos obligada que la Biblia. Y tiene *una* ventaja sobre ésta: una diosa hostil a la que él se enfrenta abiertamente. Lo femenino, bajo la forma que fuere, *está allí*. En la Biblia aparece reducido, como Eva.

En un único delirio de grandeza, si ha permanecido en barbecho el tiempo suficiente, caben millones.

Coleccionaba todas las opiniones para demostrar cuan pocas son.

Buscan en mí sus ruinas. Pero yo soy la mía.

La compasión ha de ser sobrecogedora, o no es tal. Por eso *necesitamos* la palabra piedad.

Insondable lo que algunos autores pueden hacer con otros. No se trata sólo de repeticiones, de adornos florales, de arabescos sobre arabescos, de pasiones prestadas: se trata ante todo de malentendidos tan insolubles que se tornan fructíferos. Y así acaban surgiendo criaturas absolutamente singulares y enigmáticas, autores que son *más grandes que sus modelos*.

No es sólo la franqueza en Stendhal, es la franqueza de *toda* mascarada.

Cuando se trata de los muertos, de lo que les ocurre, siento una rabia inmisericorde.

Pero han de ser mis muertos. Cuando son otros me limito a observar compasivo o asustado.

Filósofos que conocen los *entresijos*.

Es posible que la *brevedad* le haya hecho perderse lo que merece la pena en las frases, sus crecidas y estiajes, sus altos y bajos, sus venturas y desventuras. Quizá no habría que comprimir las frases, tal vez no debieran ser destilación, sino plétora inagotable. Entonces, durante todos esos años de escritura, se ha privado de ese placer encomiando en vano la ascesis de la parquedad.

La historia más terrible la encontré hoy en las memorias de una mujer, Misia Sert. La llamo *Suplicio de las moscas* y la transcribo literalmente:

"Una de mis compañeras de habitación había llegado a dominar el arte de cazar moscas. Tras estudiar pacientemente a estos animales, descubrió el punto exacto en el que había que introducir la aguja para ensartarlas sin que murieran. De este modo confeccionaba collares de moscas vivas y se extasiaba con la celestial sensación que el roce de las desesperadas patitas y las temblorosas alas producía en su piel."

Afluye por doquier, ese plañir. Ni siquiera se refiere a ti. Se dirige a otros, a los que ves vivir. No soportas los dolores que padecen. Quisieras evitarles todo lo que entrañe sufrimiento. ¿Cómo es eso?

Se debe a que no eres capaz de admitir nada tal como es. Pero tampoco lo que *fue* y ya ha pasado. Para ti toda la historia es falsa. La lees con el corazón tembloroso. Quieres invalidarla. ¿Cómo se invalida la historia? ¿Mediante nuevos sufrimientos?

No debiéramos hacer de nuestra sensibilidad una virtud. Puede experimentarse, y conservarse tal como se ha experimentado. Pero no hay que adornarse con ella. El que se engalana con sus medallas termina por enviciarse. Necesita más y más sensaciones para mostrarlas, y, cuando no las encuentra, se las inventa, y así ocurre que lo que siente se vuelve selecto, quebradizo, mohoso.

Lo que sí puedes hacer es colocar las frases unas junto a otras, dejar que se *vean* e incluso, si les apetece, que se toquen. Más no.

Cuando dice infierno es como si ya hubiera expiado allí su culpa y le hubieran dejado marchar, para satisfacción de todos.

Hay quien sirve a la riqueza y quien sirve a la fama. Ninguno de los dos es inocente: esperan despojos.

En la expectación con que te colma cada nuevo conocido sigues siendo un niño. En la decepción que le sigue no tardas en convertirte en un viejo amargado.

Le falta apartarse de sí. Incluso cuando viaja permanece siempre próximo a su persona. Nunca olvida que está allí. Lo que se apropia le corresponde, puesto que *él* se lo ha apropiado. El mundo está ahí para él, los demás son meras ilustraciones.

A medida que crece, el saber cambia de forma. No hay uniformidad en el verdadero saber. Todos los auténticos saltos se realizan *lateralmente*, como los saltos del caballo en el ajedrez.

Lo que se desarrolla en línea recta y es predecible resulta irrelevante. Lo decisivo es el saber torcido y, sobre todo, el lateral.

Allí la gente lee el periódico dos veces al año, vomita y luego sana.

Allí los países no tienen capital. Sólo se pueblan las fronteras. El país permanece vacío.

La capital es toda la frontera.

Allí los muertos sueñan y suenan como un eco.

Allí todos se saludan con un grito de desesperación y se despiden jubilosos.

Allí las casas están vacías y se barren cada hora: para las futuras generaciones.

Allí, el ofendido cierra los ojos para siempre y los abre en secreto cuando se queda solo.

Allí se muere de repente y a escondidas, y se dice: yo no.

Allí se dice "tú eres" queriendo decir "yo sería".

Allí se reconoce a los antepasados, no hay ojos para los coetáneos.

Quédate, dice uno, y llama al verdugo.

Uno que, para no envejecer, *viaja* sin cesar.

Otro que, con el mismo propósito, permanece absolutamente inmóvil.

Con la edad los prejuicios se vuelven peligrosos. Uno se siente orgulloso de ellos. Les está agradecido, como si fuesen ellos los que le han permitido continuar con vida. Y así, suelen activarse muy tarde del modo más curioso. Podría hablarse incluso de un florecimiento tardío de los prejuicios. Ya no se combaten, no se les opone resistencia. Uno los va sacando a la luz por separado y los contempla detenidamente, cual productos de una vida riquísima, auténticas joyas, restos inagotables. Cuando alguien nos los echa en cara: ¡pero si son prejuicios!, asentimos encantados. ¡Ojalá tuviéramos más! ¡Ojalá no hubiéramos perdido algunos en el camino! Quien posee prejuicios tiene cierto peso y lo sabe. Los jóvenes que apenas tienen son para él paja en el viento. El que posee prejuicios está decidido a no renunciar a nada suyo que irrite a los demás.

Todos los rostros que no he olvidado. Hace años que no se les suma ninguno. Quien entre hoy en mi vida tendrá que buscarse un rostro en ese montón. Yo le ayudaré. Y no será él, será uno más del montón.

Qué ridículo querer ser amado y *conocerse*.

Las hormigas están *ociosas* la mayor parte de su vida. La revolución imaginada por las hormigas.

Ningún sueño es tan descabellado como su interpretación.

Del inconmensurable legado de la Antigüedad, lo más vivo son las metamorfosis.

Sus efectos siguen siendo inagotables. Jamás se agotarán.

El que haya sabido pronto de ellas no estará jamás —ni siquiera hoy— perdido. De todos los milagros, éste es el único que sigue siendo creíble.

El *viento liberador* de Büchner, en cada una de sus frases. Ese viento sólo lo conozco en él. No es aliento, es viento, o viento en lugar de aliento. No pensamos en él, sopla y nos arrebató toda debilidad y toda altivez.

Hay un viento comparable en la Biblia, pero más pesado, del que uno no se libra sin esfuerzo, que pone trabas a la libertad. El viento de Büchner es libertad... para todos.

Habla mucho de los animales quien se avergüenza de los hombres.

Clasifica los instantes, hasta que se apagan.

S. *empieza* por dar rienda suelta al terror, y acto seguido amenaza con lo más terrible que atribuye a los demás. Hitler empezó ocultándolo para luego revelarlo poco a poco. Siempre se reservó la gradación.

Una de las principales armas de S. es el respeto por la vida de los americanos (e ingleses). A ello contraponen su ligereza en el trato con las vidas de los de su bando. 53.000 víctimas costó reconquistar Fao, según dicen, muchos más muertos que los que dejaron los americanos en Vietnam tras diez años de guerra.

Nunca antes se habló con tanta crudeza de montañas de cadáveres como factores de cálculo. S. es asirio, tampoco ha olvidado cómo se hicieron los mogoles con Bagdad. La historia no se detiene nunca. Y alcanza su mayor eficacia en los poderosos que encuentran en ella un modelo y un acicate.

El mundo se mueve hoy a una velocidad vertiginosa. Semejante aceleración nos resulta familiar por las guerras y revoluciones. Pero ahora constituye un movimiento en sí, *antes* de las guerras o sin ellas; incluso las revoluciones son ahora polivalentes.

Son movimientos de masas que responden a una nueva dinámica que nadie ha podido escrutar todavía; por ello resultan difícilmente comprensibles y sus síntomas mudables.

Uno los da por buenos porque disuelven rigideces, muy reseco tendría que estar para no aprobar su advenimiento. Pero nadie sabe adonde nos llevarán. Hay un hecho incontestable: la historia no sigue un curso predecible. Permanece siempre abierta. Nadie actúa según su sentido, ya que nadie lo conoce. Lo más probable es que no lo tenga. Eso significaría que, al estar abierta, siempre es influenciable, y, por decirlo de algún modo, está en nuestras manos. Tal vez estas

manos sean demasiado débiles para hacer algo con ella. Pero como tampoco estamos seguros de eso, debemos intentarlo.

En un espíritu repleto de contenidos los prejuicios tienen otra función: son diques de la espera.

Y ahora todos se levantan y, en lugar de culparle, le miran asombrados.

Miradme, soy yo. Reconocedme, para que os reconozca. Decidme dónde estuvisteis. ¡Cuánto tiempo habéis dormido! Yo os he velado, nadie os ha tocado un solo cabello. Estáis aquí. Estáis aquí. Estáis aquí.

Habéis venido por caminos dispares. Yo os aguardaba, cada noche me dormía para esperar vuestra llegada, y renqueaba decepcionado de noche en noche.

Al fin os veo, y espero una palabra. Será lo más bello, la palabra más bella de todas las lenguas, y cuando me la entreguéis, una nueva lengua brotará de ella.

Podría llamarse nostalgia, esta espera tan prolongada. No, es más. Porque esta espera os ha preservado de todo cambio.

Lo último que perdió fueron los nombres. Se disolvieron en el suyo sin que él se diera cuenta. Dejó de percibir sus límites, y, al escucharlos, ya no los reconocía como tales. Ya no advertía cuánto le odiaban. Olvidó lo que era el rencor. Nadie tenía hambre. Saciados en todas las calles. Invitaba a transeúntes a su casa, y ellos preferían perderse. Las sombras y las personas caminaban separadas.

Necesita personas más ilustres para jactarse con ellas.

Cuando dejó marchar al último rehén, se hundió y entregó su espíritu —dominar el mundo con rehenes.

Claro que es verdad que pertenezco a ellos, a los más polémicos. Pero sólo por ese motivo.

Por lo demás, pertenezco a todos los que tienen un rostro.

Lo dice una y otra vez, lo repite cien mil veces: aunque esta vida fuese *aún más humillante*, tampoco renunciaría a ella.

Es confusa y sigue siendo insondable.

Si esa inteligencia que el hombre posee tiene algún significado, es sin duda que impugna todo cuanto asume.

En lugar de atenerse a los animales, se atiende a sus formas. Esas no serán asesinadas.

¿Qué escritor no le ha hablado a su mosca?

¿A quién no reconozco en su mosca?

¿Quién no tiene una mosca trapaleando para él?

Siendo ya muy mayor, volvió a florecer y se puso a contar una mentira tras otra. Perseguía a todo el que quisiera escucharle. Lo acosaban hasta en sueños, y él seguía hablando. Mientras hablase, no moriría. Se volvió tan viejo como el hombre más viejo, e incluso más. Un auténtico torrente de mentiras manaba de él, casi todas nuevas, y el que le veía así no desesperaba y contaba confiado con doscientos o trescientos años más.

Todo le altera: una carta, una conversación. Todo lo que viene de fuera le desasosiega. Pero lo que más le intranquiliza es que le hagan hablar. Entonces estalla y percibe las fuerzas que, desaprovechadas, habitan en él. La vida que lleva es errónea. Debería incrementar su actividad al máximo y permitirse la progresión a la que todo le incita. Pero dice no, no a diestro y siniestro, se enorgullece de su continencia y grazna dignidad.

Que uno deba existir *a pesar de* que existan otros totalmente distintos, que deba uno saberlo y no pueda ser como los que son totalmente distintos, que haya que hacerles justicia, aunque sigan siendo distintos... ¡qué difícil, que indeciblemente difícil!

Cuando la curiosidad remite, él relee algún griego. Y es que quiere enterarse de todo de nuevo.

Es posible que no supiera nada. Pero sabía una cosa: lo que significa dejar de estar.

La grandeza de Pascal radica en su autolimitación. Nunca ha habido otra más elocuente. Una y otra vez interrumpe su discurso. Y, así, éste se lee como si, nada más enunciarlo, él mismo lo interrumpiese. Todas las frases, las cortas y las largas, todos los fragmentos de sus frases son como de hoy.

¿Acaso debiera ser un precepto del decoro revisar frase por frase lo —supuestamente— mejor que uno ha escrito, y refutarlo? No, porque entonces seríamos como esos que se pasan media vida luchando enconadamente por algo, y la otra media defendiendo enconadamente lo contrario.

No hay que refutarse. Lo único decoroso es callar.

¿Realmente has podido pensar que una guerra que dura ocho años no deja secuelas?

S. es esa secuela.

Si algún día llego a alcanzar aquello que fue grande, tan grande que se ha preservado, si llego a vivir el día en que esté permitido llamarlo así, no quedará nada de mí y sabré, con la conciencia tranquila, que he vivido para acercarme a eso.

Y entonces tampoco me avergonzaré de la palabra "grande", porque durante toda mi vida he combatido lo que tiene de prohibido.

Los países con sus lenguas-bandera y cómo se aplauden unas a otras.

Uno que *nunca* ha estado solo se encuentra con uno que siempre estuvo solo.

Todos los perdidos que tienen dinero. Compran, compran, y compran, hasta que se asfixian.

Todos los afortunados que pueden desear lo que no puede comprarse.

Los diarios de Babel del año 1920. Se colige de ellos que Babel no pasaba por judío entre los judíos que conoció en el regimiento de caballería de Budjonny,

Los diarios, que luego dieron pie a sus relatos, contienen muchas cosas; la vida que llevó entre los cosacos durante la guerra fue una vida salvaje y plena. Los relatos parecen más ricos y espontáneos. Sólo el recuerdo confiere auténtica espontaneidad a la experiencia.

Babel fue apresado en 1939 y fusilado ya en 1940 en la Lubianka.

Lo leí por primera vez hace más de sesenta años. Y mi admiración por él no se ha visto mermada por nada de lo que he leído después.

De todos los autores rusos modernos es el que siento más próximo. Ahora veo que no me equivocaba al recordar su profundo respeto por Gogol y su veneración por Maupassant. Pero de Dostoievski y Tolstoi apenas me habló.

Lo *visto* en Babel es su mundo, tal y como surge.

Lo *oído* en él son los judíos. Lo específico de sus narraciones es el modo en que lo visto se mezcla con lo oído.

La forma en que se esconde de los judíos, a los que no pertenece menos que a Gorki, un ruso, o al francés Maupassant. Al fin y al cabo, les ofrece una madre judía, vínculo que lo hace totalmente incomprensible para ellos.

No hay nada más ajeno a Babel que la guerra. Precisamente por eso habrá de exponerse a ella. Lo que para los cosacos es alegría salvaje, para él es tortura. Pero ha de *verla* en todos sus detalles, a sus ojos la tortura no es una nimiedad.

En el diario, lo visto se reproduce a veces con excesiva fidelidad, en los relatos, nunca.

La manía persecutoria de Babel comienza pronto debido a los pogromos. Trata de escabullirse participando en la revolución. Se involucra en la guerra y precisamente por ello se acerca a los pogromos. El contenido de sus relatos le granjea la enemistad de importantes personalidades de esa guerra. Y allí comienza su ruina a manos de los esbirros de la revolución. Desde que publica *Caballería roja* hasta su fin, no deja de luchar por su vida. Se gana la confianza de los responsables de la persecución, frecuenta a su jefe. Sabe lo que le espera. Sabe, también, que es por escribir. Su escritura se ve paralizada por ello, y trata de ocultarlo tras una prosa evasiva y artificial. Inconcebible el terror bajo el que debió vivir. Lo ve todo claramente. Incluso en prisión se preocupa por sus manuscritos. Constituyen el texto del peligro. De no haber escrito, probablemente habría conservado la vida.

No has previsto *nada*. Te sentiste dichoso al ver virar el terrible peligro que se cernía sobre la Tierra. Y por no perder esa felicidad, no analizaste las consecuencias de ese viraje.

Pero, ¿hay alguien que haya previsto algo? ¿No es cierto que cualquier previsión se ha vuelto imposible, y que ya sólo planificamos como los ciegos?

Es como si nada de lo que te pasa por la cabeza fuese ya apremiante. Te ocurre, como quien dice, sólo a ti.

Antes, tus pensamientos tenían un extremo abierto que, de un modo natural, buscaba otros. Allí residía, podría decirse, la *esperanza* del pensamiento. Cuanto más decididamente lo interrumpía, más esperanza conservaba. Con cada roce se ampliaba misteriosamente. Debería describirse cómo crecen los pensamientos *entre* las personas.

Hoy, el pensamiento se interrumpe en vano. Ha perdido el placer de ver surgir otros, de aventurarse en otros. Seguramente es esto lo que sienten de continuo los pensadores sistemáticos. Lo que yo experimento como una desgana producida por los años lo utilizan ellos para legitimar su pensamiento.

Se ha aliado con la palabra tortura y la busca en chino.

Los devastadores de palabras, ¿qué tengo yo que ver con ellos?
¿Qué queda de los mitos bajo sus cuchillos?

Alabanza, ofensiva por todo aquello que deja de lado.

La burda concepción que tiene Tolstoi de viejo del sexo: su fuerza. Es capaz de arremeter contra sí mismo sin convertirse en un charlatán.

Una persona que se combate ha de tener algo que combatir. La maldad de Tolstoi es su voracidad, de la que su mujer se venga castigándole. Ambos quieren castigarse: ella por la violación a la que cede, él por la voracidad que le aboca a ella.

El más religioso es el que no se deja disuadir de la muerte.

El ridículo atleta entre los templos milenarios. Quiere llevárselo todo de recuerdo. El retrato de la pirámide: *su* mausoleo.

Queda muy poco de lo que soñamos de jóvenes. ¡Pero el peso de ese poco!

Esa última confrontación, el *correr de los días* —ya sólo quedan diez— ha destruido la felicidad del último año. Empiezo a avergonzarme de esa felicidad como de una ilusión infantil.

A mis ojos, la luna se ha roto en tres pedazos.

La muerte como instrumento del poder no puede cesar *repentinamente*. Pero cabe imaginar un proceso en tal sentido. Hace un año aún podía pensarse que se había iniciado esa andadura. Pero este año, este espléndido año ha concluido, y volvemos a estar donde empezamos.

Todos esos sentimientos inútiles, como los de los animales antes de ser sacrificados.

El poderoso dispone a su antojo de sus enemigos, a veces de un modo, a veces de otro. Quizá sea cierto que S. terminará por marcharse. ¿Qué se llevará? ¿Dónde pasará el resto de sus días? Uno le ve ante sí, centenario, acariciando cabezas de adolescentes.

Su ejemplar vida familiar. El hombre que soporta millones de muertos sobre sus espaldas porque ha apuntalado su vida con gasificaciones.

Este deseo de permanecer, una especie de contabilidad.

¿No sería más correcto que no quedase nada de una vida, absolutamente nada? ¿Que la muerte significase extinguirse de pronto en todos los que retengan alguna imagen de uno? ¿No sería más cortés frente a los que vendrán? Pues tal vez todo lo que queda de nosotros constituye una exigencia que les abrumba. Quizá por eso no es libre el hombre, porque queda demasiado de los muertos en él, y ese mucho se resiste a extinguirse.

La sed de olvido —¿insaciable?

Hay ciertos muertos en los que *nunca* pensamos con nostalgia. Y algunos muy valiosos entre ellos.

Se esfuerza en persuadir a los demás hasta que se aprovechan de él. Entonces ya puede despreciarles.

Posee más dignidad de la que tolera. Cuando se la quita, repta.

Quiere que le busquen para esconderse mejor.

Su pasión más salvaje: el agradecimiento. Es de admirar que al contacto con ella no se haya roto en pedazos como el que sucumbe a la pasión por el juego.

Ensalza a nuevas celebridades mediante otras, más antiguas. Reconoce a antiguas celebridades a través de las nuevas. Sus operaciones de cambio.

No conoce imagen alguna. Ha vivido sin imágenes. Nunca supo de su existencia.

La primera imagen.

En el mito es donde primero me reconozco. Llamo mito a todo lo que entra en mí de un modo natural, como el aliento. En las épocas en que se cierra, lo llamo de otro modo. Entonces lo dejo a un lado, a la espera de que retorne su simplicidad. El mito jamás es confusión, ni siquiera el más pavoroso; en cuanto mito ha de tener rumbo y fuerza, y, finalmente, sentido, siempre que no salte a la vista.

Encontrar el camino hacia *otro* pasado, con personas de las que jamás te acordaste.

El pasado de esos tres libros te paraliza. Es *demasiado cierto*.

¡Cuánto me han irritado los que abandonan dignamente la vida, cómo me he esforzado por rebatirles y denegarles lo que sin duda experimentaron!

Hoy pienso en ellos con ternura, aún podrían estar con nosotros, —¿trataría de convencerles ahora?

Que alguno regrese a mí, *uno solo*, y renunciaré.

Pero mientras no regrese ninguno, *me quedo*.

Salieron de la Biblia y se abalanzaron sobre él.

La auténtica vida del espíritu consiste *en re-leer*.

De muchos destinos de los que tenemos noticia se va formando un destino propio que hemos perdido.

Hemos empleado mucho tiempo en echarle una mano a la vida, por decirlo de algún modo. Tal vez fuese tiempo perdido. Pero no puede ser de otro modo. La ligereza es, sin duda, felicidad.

Me inclino ante la pesadumbre.

Ya sólo se compone de las pocas palabras que ha repetido en demasía.

¿Limitarse a aquello que realmente nos concierne?

Precisamente ahí radica la miseria y la gloria del hombre, que ha de preguntar por aquello que no le concierne en absoluto.

Cuando dice que sólo cree en la metamorfosis quiere decir que se ejercita en la evasiva, sabiendo a ciencia cierta que él aún no escapará a la muerte, aunque otros, tal vez, algún día otros...